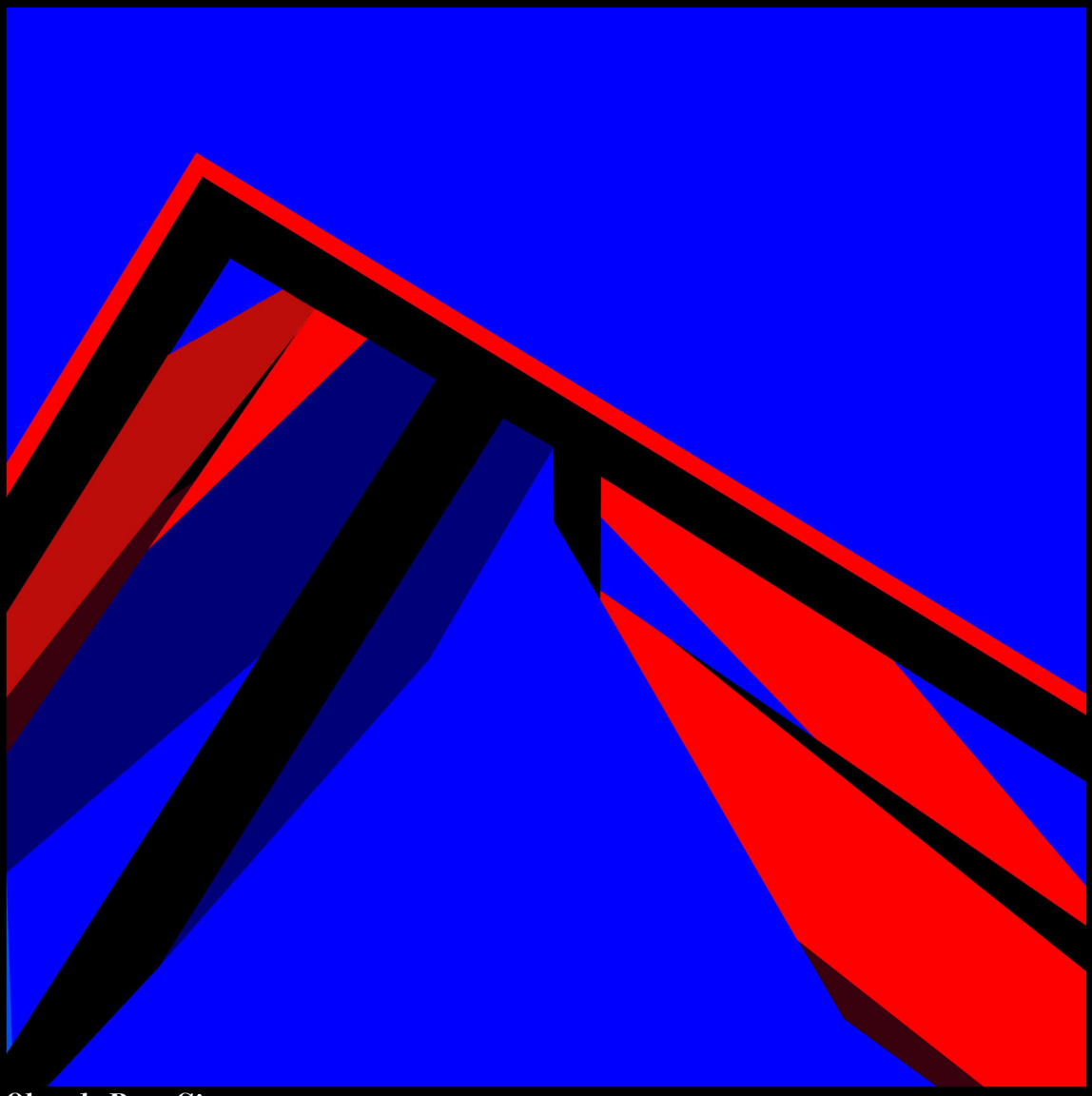
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



Obra de Pepe Gimeno

con la colaboración del pintor Pepe Gimeno
y sus obras, que inspiran a los poetas aucanos

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Fundada en 2003
Revista cuatrimestral

Nº 49 / Noviembre 2020

AUCA

© De los textos e imágenes, los autores

Coordinación : Manuel G. Herranz “Condevolney”

Consejo de redacción : Mercedes R. García-Olías, Juan Ramón Prieto Jambrina y Paco Poveda

Consejo asesor : Manuel Parra Pozuelo, Luis S. Taza, Adolfo Celdrán, Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Ana Curt Tomás, Alfonso Rodríguez Sapiña, Carmen Amérigo Francisco Javier Pérez M, Ramoncita Ruiz Moreno, Francisco Alonso, José Ramón Celdrán, Luis Muñiz y Fede Obrador

Colaboradores : Pepe Gimeno, Juana García Reales, Dora Català, Antonio Gómez Hueso, Miguel Ángel Pérez-Oca José Vicente Martín Cano, Harmonie Botella, Iñigo Iñiguez

Maquetación : Condevolney
Diseño de portada : Condevolney
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *obra de Pepe Gimeno*

Imprime : Gráficas Cervantes

Contacto suscripción o participación:

aucarevista@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a las direcciones que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

Presentación	Juan Ramón Prieto Jambrina	2
Realidades	Francisco Alonso Ruiz	3
A veces recordando el aire	Carmen Amérigo	4
Ando a tientas	Ana Curt Tomás	5
La condena	Luis Muñiz	6
Me quería mucho	Adolfo Celdrán	7
Esta ciudad debe ser dichosa	Alfonso Rodríguez Sapiña	8
Cuando Alaska	Condevolney	9
Voy buscando / El amor es un lobo	Ramoncita Ruiz Moreno / Fede Obrador	10
La reina negra	José Ramón Celdrán Mallol	11
La tarde destaca la mansedumbre del horizonte	Francisco Javier Pérez M.	12
¡Morirme quisiera!	Francisco Poveda	13
Nace para la tierra	Trinitario Rodríguez	14
La amistad, tan hermosa como escasa	Juan Ramón Prieto Jambrina	15
El eterno domingo	Manuel Parra Pozuelo	16
Cada Quince Días	Luís S. Taza Hernández	17
Bicho invisible	Lucía Espín Martínez	18
Alma	Carmen Amérigo	19
El vigilante	Francisco Alonso Ruiz	20
A un poeta sin sepulcro	Antonio Gómez Hueso	21
María pía	Adolfo Celdrán	22
Cosas del destino	Luis Muñiz	23
Yo nada sé de ti salvo que admiro tu rebeldía	Alfonso Rodríguez Sapiña	24
Transitoria en ti la sola mujer que busca	Francisco Javier Pérez M.	25
Covid-19. Un toque de humildad para la humanidad	Juan Ramón Prieto Jambrina	26
Los Héroes Invisibles	Trinitario Rodríguez	27
Cuerpo roto sin templanza	Ramoncita Ruiz Moreno	28
Siempre tendrás la vida	Lucía Espín Martínez	29
Soneto culpable	Condevolney	30
Un deseo terminal	Francisco Poveda	31
Me gustan las personas / Azules menudencias	Fede Obrador / Ana Curt Tomás	32
Una llamada inolvidable	Manuel Parra Pozuelo	33
Tradiciones alicantinas	Luís S. Taza Hernández	34
CUADERNILLO DEL PINTOR PEPE GIMENO	Portada y biografía	35-45
Obra 1, 2, 3, 4, y Autorretrato/ FIN DEL CUADERNILLO	Poemas de poetas aucanos	36-45
Un día de otoño	Carmen Amérigo	46
No sé si languidecería… / Venciendo el tiempo Teatro.	Ana Curt Tomás / Ramoncita Ruiz Moreno	47
La vida es puro teatro	Luis Muñiz	48
Hay culos y culos	Adolfo Celdrán	49
Que el vino que tomo con mis amigos	Alfonso Rodríguez Sapiña	50
No puedo encontrar la luna	Condevolney	51
Bendito sea el poeta	Fede Obrador	52
Las huertas de mi pueblo	Manuel Parra Pozuelo	53
Sólo son bromas	Francisco Poveda	54-55
La imprecisión como recurso narrativo en…	Juan Ramón Prieto Jambrina	56-57
Pandemia	Juana García Reales	58
Unidos, nunca vencidos	Trinitario Rodríguez	59
Elegir / Sobre el silencio	Francisco Javier Pérez / Francisco Alonso	60
Madre	Lucía Espín Martínez	61
A merced de los suspiros del viento	José Vicente Martín Cano	62
El niño de los ojos grandes	Miguel Ángel Pérez-Oca	63
Síndromes	Harmonie Botella	64
De la doncella Halcón	Mercedes Rodríguez García-Olías	65
Tu ets la pluja, jo el silenci	Dora Català	66
La níspola	Lluis S. Taza Hernández	67
Consciencia	Iñigo Iñiguez	68

PRESENTACIÓN

Una vez más nos presentamos ante ustedes, respetados lectores, para exponer el contenido de un nuevo número de nuestra revista AUCA; en este caso el nº 49.

De todos es conocida la situación en la que nos encontramos debido a las restricciones que en el transcurso del desarrollo habitual de nuestras actividades viene imponiéndonos la pandemia que estamos padeciendo. En este caso, una de esas restricciones se refiere a la localización y fecha para la celebración de la PRESENTACIÓN PÚBLICA que veníamos realizando en cada uno de los anteriores números. Ello nos obliga a supeditar dicho evento a las posibilidades de adaptación del aforo que por dicha causa se nos impone para su celebración. Solíamos realizar dichas presentaciones en la Sede de la Universidad de Alicante, que ahora –por el motivo apuntado- nos restringe dicho aforo a 18 personas, lo cual nos impide que, ni siquiera los participantes en la propia revista puedan tener acceso para –como suele ser habitual- exponer alguno de sus trabajos incluidos en la misma. Ello nos obliga a posponer fecha y local hasta que las circunstancias nos permitan su realización como nos gustaría hacer.

El formato general del número viene manteniendo el de los anteriores números. Consta de un cuerpo de textos -poesía y prosa-, realizado por autores pertenecientes al grupo de socios, así como de un número de colaboradores ocasionales que, amable y desinteresadamente, han cooperado en la realización del mismo. Otro grupo de trabajo lo constituye un abundante número de material gráfico, colocado y adaptado convenientemente al texto que acompañan, con la habitual pericia y arte que viene mostrando nuestro maquetador, al que, desde aquí, aprovechamos para dedicarle nuestro más sincero reconocimiento.

Seguimos manteniendo, asimismo, la presencia virtual de nuestro siempre recordado y querido compañero Francisco Alonso Ruiz, del cual incluimos poemas inéditos que amablemente nos proporciona su familia.

En nuestro afán de incluir en la revista la lengua valenciana, en este número hemos insertado dos poemas en dicha lengua.

Mantenemos también la costumbre de incluir un CUADERNILLO interior dedicado a un artista plástico invitado, que en este caso corresponde a Pepe Gimeno, encabezado por un autorretrato acompañado de una somera reseña biográfica del artista. En dicho cuadernillo se incluyen cinco reproducciones de sus obras –aparte de la que forma la portada del número- precedidas de otros tantos trabajos literarios a cargo de cinco poetas aucanos.

En cuanto a un desglose numérico del contenido, podemos señalar. En el apartado de texto, contiene 48 poemas; en prosa -incluido prosa poética y crítica literaria- 14. En cuanto al material gráfico, 3 fotos, 15 cuadros, 13 ilustraciones, 11 dibujos, y 7 signos -ilustraciones en forma de signos chinos a manera de dibujos.

Esperamos que tanto el formato como el contenido del presente número de nuestra querida revista AUCA, resulten de su gusto, y les agradecemos la deferencia de su adquisición.

Juan Ramón Prieto Jambrina

Realidades

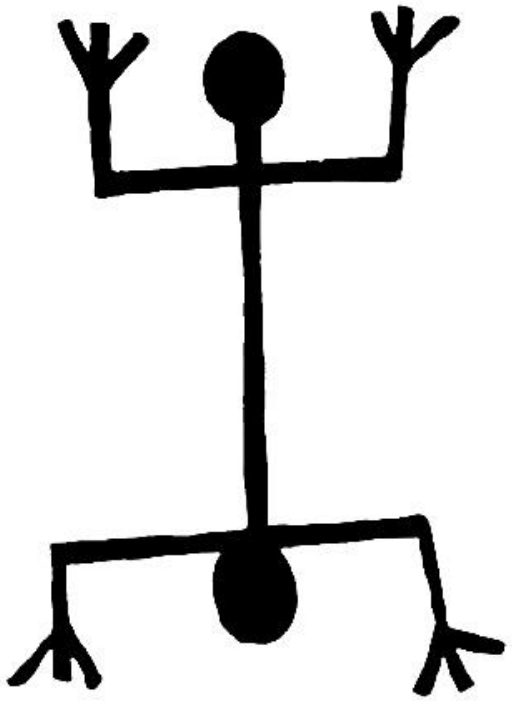
El desierto, el insomnio,
la muerte, el laberinto,
el espejo, la lluvia,
el Tarot, el cuchillo,
el fuego prometeico,
el perdurable instinto.

La araña negra, el gato,
la calavera, el grito,
las ventanas, el pozo,
la mar o el mar, el río,
las palabras sagradas
que nunca hemos oído.

Las calles solitarias,
húmedas y en olvido,
los trenes, el otoño,
el invierno, el estío,
la antigua primavera
hallada en los caminos,
el paso de las horas
casi ininterrumpido.

Las tabernas, las cárceles
manicomios y hospicios,
la sed, el hambre, todo
lo que pasó a ser mío,
lo que tuve algún día
y que he dado al olvido.

Sin duda alguna cuento
estas cosas que he visto,
que imagino o que sueño
o las niego o maldigo,
pero que son de todos
los muertos y los vivos.



Francisco Alonso Ruiz

A veces recordando el aire
de la primavera,
algún día
en la hora misteriosa
del crepúsculo.
Cuando el suspiro de la brisa
tibio y cargado de aromas
penetra en mi alma.
Recuerdos perdidos
en la penumbra de mi habitación.
Mi mano en la mejilla
y el codo apoyado en mi mesa,
exhalo un suspiro de lo más
profundo de mi alma.

Fechas y momentos que
siempre recordaré.
Hay recuerdos que hieren
y están ahí...
Y no siempre vienen
pero están ahí...
A veces acechándome
voluptuosos,
ennegrecidos por el tiempo.

Hoy soy una mujer
Ayer una niña
Hoy llena de plenitud,
de saber estar...
que mido mis tiempos,
que juego con ellos,
y me dan satisfacciones.
Sin embargo,
reconozco que lo mío
es la soledad pintada
de manchas...
que saltan sin parar.
Hace que mi vida no sea
estática... sino inquieta.
Y el hecho de escribir
me alivia y me gana.

Carmen Amérigo

Ando a tientas, en este preciso instante se cayó mi sol y va por ahí desnudo perdido en la frágil luz que desviste a un monstruo y devora sombras hasta adentrarse en el cajón que atesora al alma. Enfrente una ola azul e inmensa protesta con blanco de espuma viene rota, cansada de ser mar rezumando alegrías de arribo, llega voraz a cebarse de arena, una arena sedienta de esperas que aplaude ahora mojada.

En un balcón hay bien plantada una flor, cuidada con serio viso de fuego, luce rojos, crece con lentitud de agave busca un amarre... (por si llora volver pronta a ser su dura flor -sin daño de espina-):

[ ]Mar no te muevas, deja que corran tus tardes conmigo. No hace falta memoria, reconocerás pronto el escondite para dibujar sus intensos momentos, -será rielando en tu plata -donde trémulo habrá solo silencio y un silbo con instantes de eternidad.

Ana Curt Tomás

LA CONDENA

Una mañana, después de desayunar, justo antes de salir del portal de su vivienda para encaminarse hacia el trabajo, Aristóteles Sísifo perdió su identidad. Iba a llamar a su oficina para avisar de la incidencia sufrida pero, como no tenía identidad, no supo, exactamente, a quién contarle lo sucedido. Se encaminó ligero a la Oficina de Objetos Perdidos y expuso brevemente su caso. El funcionario que lo atendía lo miró de arriba abajo primero para, inmediatamente, clavar sus ojos en los de Aristóteles y escupir unas palabras con indisimulado desprecio:

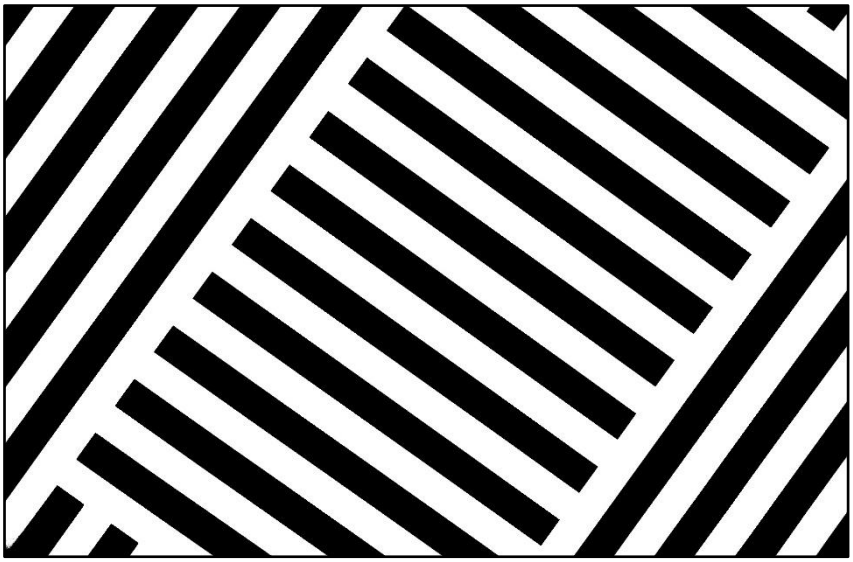
- Señor Sísifo, ¿es que tiene que venir usted todos los días con la misma historia? Ya le hemos dicho por activa y por pasiva que aquí no le podemos ayudar, que eso es cosa suya. ¿Ha ido ya al psicólogo, al psiquiatra, al terapeuta, al sacerdote, al psicoanalista? Es que más no podemos hacer. ¿Me comprende usted?

Aristóteles pensó que aquello era un *dejà vu*. Recordaba o creía recordar algo vagamente, pero no tenía la certeza de haber estado en esa Oficina anteriormente, salvo por la pérdida -de esto hace ya diez o doce años- de un reloj de pulsera que nunca apareció.

Pidió excusas por las molestias, prometió no volver nunca más, se dio media vuelta y se marchó.

Al salir de las dependencias municipales fue consciente, nuevamente, de que había perdido su identidad. Le asaltó el miedo a que le pasara lo mismo que con aquel reloj de pulsera, perdido para siempre. Desanduvo el camino hasta su casa por ver si lograba encontrarse a sí mismo, pero no obtuvo ningún resultado, de manera que, una vez en el portal, decidió encaminarse hacia la Oficina de Objetos Perdidos. Quizás allí pudieran orientarle. Se resistía a ser un caso perdido.

Luis Muñiz



Me quería mucho

Hola
soy el tercer intento
del escrito titulado “Me quería mucho”
de mi padre y autor.
El primero, el “Me quería mucho”-1”
era el más puro,
o al menos eso dice él... pero no es cierto:
Los primeros escritos suyos son siempre muy primarios
y luego los matiza: El tercero está bien,
aunque sea precisamente yo,
pero no me avergüenza creerlo ni decirlo
porque ni es tan tosco como el 1
ni tan relamido como el último
que siempre se nota que ha pasado
por absurdas y vergonzosas sesiones de cirugía estética.
Yo soy el equilibrio
¡Yo soy el equilibrio y él lo sabe…!
Y fui su preferido durante unos instantes
y me sentí escogido:
Él me quería mucho, sí
y me sentí orgulloso…
Luego dudó
y escribió otra versión:
la cuarta
y luego la quinta, la sexta y hasta la séptima
Y se quedó con ella, con la última:
los escritores y las escritoras
son siempre así de casquivanos…

…¡PERO NO ME BORRÓ!...

Por si acaso
yo sigo vivo, agazapado
en la memoria de su ordenador.
Y espero que un buen día,
un día feliz, maravilloso, iluminado,
Él
por fin, descubra
que yo (el “Me quería mucho-3”)
soy su auténtico amor
y me rescate
de la semibasura en la que injustamente vivo
acompañado, por cierto,
por cientos de versiones desechadas
de otros escritos que me miran con el mismo desprecio
con el que yo también los miro a ellos,
exiliados todos en la barriga inmunda
de su vetusto y caduco ordenador.

Adolfo Celdrán

Esta ciudad debe ser dichosa
me repetía hasta convencerme.
Mientras caminaba a paso de luz
entre el asfalto florecido
giraba y giraba el cielo…
su escala cromática ajena
a la política mentirosa y maliciosa…
me identifiqué: era algo tan simple
como presentar mi documentación
a los vagabundos y desarraigados
hombres de azul.

El cielo giraba sobre las grandes torres
breve coyuntura de niebla
en la explanada pisoteada:
¡turistas! ¡helados! ¡chicles!
Viene música de viejas teterías
que aspiran a puerto y a zoco.
No sé si el taxista te dará la bienvenida
o inventarán más autopistas
para negar el cielo…
Santa Bárbara te pide en cristiano
que regreses a tu barrio:
la vida también está ahí
atrás las grandes tiendas del centro
las películas en pantalla grande
ese libro que ya no se publica…

Repaso el mapa en mi mente
la infancia caracolada y las hogueras
en tiempo de deshacerse de lo viejo y astillado…

La luz que se ve desde el cielo
¿es fuego?

Alfonso Rodríguez Sapiña

Cuando Alaska

Por si acaso me exilio en tu vertical sonrisa,
en ese rincón esdrújulo de tu rizado pelo,
o quizá lo haga en una de esas incipientes arrugas
que surgen como pájaros en la rama más alta
del jardín celestial que anida en tu mirada,
o en una de tus vértebras, la tercera lumbar,
sin la cartografía del atlas de tu espalda
o me exilio, si acaso, al filo del abismo
de toda comprensión, o del razonamiento,

quizá en un pensamiento, en uno solo, quizá
o por qué no, buscaré cobijo en ese vil bolero
que retumba en mi mente, “Solamente una vez,
una vez nada más, en mi huerto brilló la esperanza,
la esperanza que alumbra el camino de mi soledad”,
o quizá, quién sabe, me exilie
en los olvidados besos de otra gente
o en una fantasía eterna y diferente
o me exile en tu amor, sin más,
sin permiso, sin prisas, sin una fecha límite.

Aún recuerdo aquel día, antes del exilio,
que mi cama era Alaska, y tú, solo desidia,
no tuve más remedio que inventarte.
Poco tiempo después me fui exiliando
en lugares sublimes e inmutables,
y cada día más te fui amando,
como una gata en celo arqueabas la espalda
en curvas imposibles, revolcando mi alma,
maullando viejos blues, lamiendo mis heridas,
y no pude escapar de ese infecto rincón
donde hallaron mi cuerpo, desnudo
y en mi cara una mueca con toda la tristeza
que cabe entre esas cuatro paredes
torpemente pintadas de ese verde mostaza
que tanto te gustaba.
Y a ti,
a ti te descubrieron debajo de la mesa
suplicando tu lata de Whiskas Casserole,
o alguna caricia,
maullabas una súplica:
no olviden dejar abierta la ventana del baño.

Condevolney

Voy buscando

Voy buscando una sonrisa.
Voy buscando una amistad.
Voy buscando a una persona
que me sepa amar.

Si al final del camino
encontrase a esa persona,
¿habrá valido la pena esperar?

Ramoncita Ruiz Moreno

El amor es un lobo
con piel de cordero,
el rocío es muy sutil
pero moja si lo tocas,
el miedo te vence
solo si te escondes,
un libro no acaba
hasta su final,
la verdad me llena
el odio me vacía,
la belleza no sacia
a un alma bella,
la vida lo es todo
la muerte nada.

Fede Obrador

La reina negra

Dos caminos que se cruzan:
uno lleno de odio y luchas,
otro lleno de paz y calma.
Dos reinas que avanzan.

Una viste traje negro,
pues la muerte es su sello.
La otra viste traje blanco,
pues la paz es su dictado.

Dos caminos que terminan
y un camino se deriva.
Las señoras se detienen
en el punto convergente.

"¡Hola!" -dice la primera-,
"Deja paso libre a la guerra
y que el mundo se llene de sangre
y que por la riqueza se tenga hambre.
Yo soy el ideal humano
y nadie seguirá mis pasos.
Represento la verdad
por lo que no te dejaré pasar".

"¡No!" -Dice la reina segunda-
"yo soy la vida fecunda,
lleno de fe a todas las almas,
sólo en mi hallan esperanza.
El amor es mi reinado
y el hombre me ha idealizado.
En el mismo lugar estamos
y hacía el mismo fin vamos".

"El camino será para la más fuerte
lucharemos a muerte".
Contesta la reina de negro
"Usemos espadas de acero.
Sólo una seguirá con vida.
Es la única salida".
"No" -Responde la reina oponente-
"Si tú quieres voy a proponerte
al ajedrez una partida
y así se hará justicia".

En el cruce se sentaron.
Largos días pasaron.
Al fin la partida ha acabado.
La señora de luto ha ganado.
¡Paso libre a la guerra,
a la fiebre por las riquezas,
y que manos sucias de miserables
en sus raíces se llenen de sangre!

La paz queda atrás, con pena.
Su ideal fue detener a la guerra,
pero no pudo conseguirlo
pues la más fuerte ha vencido.
¿Esta es la justicia?
¡Esta es la cruel vida!

José Ramón Celdrán Mallol

La tarde destaca la mansedumbre del horizonte,
recordando quizá
cuando las lágrimas subrayaban la tristeza de tus ojos.

La ciudad anda en tus afueras,
peregrina de tu cuerpo,
busca con paso torpe tus calles, tus esquinas.

Se detiene y escruta aquellos soportales que te habitaron,
se sienta en las mismas sillas, bebe de los mismos vasos.

La ciudad se pliega a la noche:
recoge sus palomas, oculta sus terrazas, pinta lunas. Se hace nostalgia.

Francisco Javier Pérez M.

¡Morirme quisiera!

Maldita migraña, terrible jaqueca.
Mis ojos se cierran sin poder soportar
la luz que les ciega.
Mis sienes estallan,
me salta en pedazos toda la mollera.

Lo tomo con calma y la trato bien:
tumbado en la cama,
la puerta cerrada,
ventanas caídas,
sin un solo rayo de luz que me hiera,
apenas me atrevo a mover la cabeza.

¿Qué podría yo hacer
para que abandone mi doliente testa,
para que huya de su madriguera?
Con ella… pierdo la agudeza,
me quedo sin el sano juicio…
morirme quisiera.

Estoy que no vivo,
el dolor me oprime,
me vuelan los sesos,
la frente, la sien, toda la cabeza,
la parte frontal y la occipital…
y por acabar, cortaría mis venas.

Me corroe los nervios faciales,
y los craneales, el puto trigémino,
y hasta el mastoideo.
¡Se me va la vida con la cefalea!
Y me siento morir…
si la neuralgia me aqueja.

Dicen al oír mi llanto
que tengo muy mala cabeza,
que soy cabezón, cabeza de turco
de cabeza hueca, y de ser así,
de chorlito quisiera tenerla…
quizá serían leves
todas mis jaquecas.

Francisco Poveda

Nace para la tierra

dedicado a mi gran amigo y compañero
de la infancia y juventud, Tano.

Nace ya como el martillo
a los golpes destinado,
de un vientre pobre y sencillo
con el cuello demacrado.

Este chiquillo huertano
nacido para la tierra,
con un arado en la mano
en esta dura post guerra.

A golpe de sol curtido,
de lluvia y frío hecho,
y en el surco medio hundido
lo veo arando un barbecho.

No es más grande que un tapón
que una pequeña lenteja,
y ya tiene el corazón
con brechas y el alma vieja.

La tierra lo hace duro
a este huertano zagal,
que su único futuro
no es más otro que el bancal.

Más de trece años no tiene
y ya sabe que el trabajo,
es algo que no conviene
a un pequeño renacuajo.

Y también sabe que es
una simple criatura,
que siente bajo sus pies
su excavada sepultura.

Nació para ser el dueño
de un pesado y viejo arado,
con más porrazos que un leño
y el pie derecho enterrado,
siempre en la tierra labrada
que va dejando tras él,
con su camisa empolvada
y envejecida la piel.

Se levanta muy temprano
para comenzar la briega,
como mi padre y mi hermano
en las huertas de mi vega.

Vega mía de jornaleros
que a la briega todos van,
como los niños yunteros
comiendo un trozo de pan.

No le veo hacer otra cosa
que es arar y más arar,
una tierra espinosa
cada día sin cesar.

Lo veo arar junto al río
un rastrojo interminable,
con su rostro más sombrío
al chiquillo más amable.

Es mi buen amigo Tano
el más joven labrador,
mejor persona y humano
y cantando, un ruiseñor.

Su existencia es precaria
como lo es también la mía,
la de Enrique y Candelería,
Encarna, Lola y María.

Me duele su situación
como una grandiosa espina
clavada en el corazón
que tengo de noble encina.

Trinitario Rodríguez

La amistad, tan hermosa como escasa

Ya en el siglo XIV,
será don Juan Manuel,
que en boca de Patronio
dice cómo ha de ser,
y nos lo pone en forma
de un relato ejemplar.
Un venerable anciano
hablaba con su hijo:
"has de saber que la amistad
es un bien muy valioso,
y como todo lo que vale mucho,
suele ser, en general,
poco "abundoso".

"Amigos, a toda prueba,
puedo decirte, padre,
que en mí, son multitud".

El viejo y sabio padre le contesta
echando mano del zurrón de la experiencia:
"en mi larga vida tengo
solamente uno y medio".
Tal conseguí la prueba:
mato a un cerdo; lo envuelvo en una manta
que en noche oscura llevo
a casa de ese medio.
-Mira amigo –le digo-,
acabo de matar a un hombre;
la Justicia me busca;
has de esconderlo;
en ello va mi vida.
-No temas, amigo,
aquí estará seguro
y libre tú, de cuita.
Llega la Justicia;
lo interroga y aprieta.
Tras gran presión, él cede;
sucumbe, y me delata.
Al día siguiente, voy
con idéntica carga
a casa del primero.
Tras la misma demanda,
recibo igual respuesta.
La Justicia le acusa y él resiste.
Es llevado a prisión
al confesar ser el autor
de mi supuesto crimen.
"A este último, hijo mío,
lo tengo por amigo;
a aquel otro, por contra,
de medio, cuantifico".

Juan Ramón Prieto Jambrina

El eterno domingo

Hace un millón de años
que es domingo
suenan campanas
desde lejanos tiempos
hoy añejos
siguiose trabajando,
eran días iguales,
donde a dios no placía
que reposase el alma,
la tierra reparaba
el sudor de la siega.
Los domingos ahora
los campos se reposan,
los hombres y mujeres
yacen, y sus palabras
son palabras de amores
que silenciosas suenan
cual palabras divinas
que silenciosas suenan
y todo queda yerto,
esperando la nube
que haga feliz el alma,
pero jamás se alcanza.
Felicidad tan alta.
Vuelve el lunes cruel
a repetir la sangre
regresando de nuevo
a la infelicidad y al sufrimiento.
El domingo es un sueño,
transitorio y falaz,
al igual que la vida.

Manuel Parra Pozuelo

La Siesta de Vincent van Gogh

Cada Quince Días

Dedicado al Doctor Massuti
y a todo el personal del Hospital de Día
de Oncología de Alicante.

Cada quince días,
tengo yo un sillón que me espera,
cada quince días,
un trono marrón que cubro con una blanca tela:
trono éste de soledad, de espera y de tristeza.

Acompañado de un férreo bastón,
de plásticas bolsas que cuelgan,
que son tiempos, que, gota a gota,
son segundos, minutos y horas.

Cada quince días,
veo otros tronos en la lejanía,
que luchan como yo,
por defender la vida.

A golpes de gota a gota,
que se introducen en mi cuerpo,
sueño campos de rojas amapolas,
en los que libres todos estamos,
de esta terrible enfermedad,
a la que todos nos enfrentamos.

Y sueño las alegrías,
y sueño las esperanzas,
y sueño que regresará el sol,
al gran final feliz,
de la victoria, en esta,
nuestra vital batalla continua.

...Pero también veo,
cómo se pasea invisible, altivo y desafiante,
por los pasillos de este lugar,
con su porte dominante y cruel,
este maldito cangrejo,
que decide a capricho,
quién vive o a quién se lleva
en su contrato singular con la muerte.

Entonces,
un sonido me despierta,
es un ángel sin alas,
que vuela a mi lado,
persiguiendo sonidos que avisan
cuando el tiempo acaba.

Ellos, estos ángeles sin alas,
que nos cuidan,
que nos consuelan,
que nos reponen el tiempo,
o nos liberan de esas soledades,
o nos llenan de calma,
y que casi, sin saberlo ellos, también,
nos están curando y acariciando el alma.

Luis S. Taza Hernández.
17/09/ 2020 (Día de mi "Quimio")

Dr. Bartomeu Massuti
Jefe de Oncología del Hospital General de Alicante

Bicho invisible

Jamás llegué a pensar que pasara esto
y que con mis dos ojos yo lo viera
y es la brutal pandemia que acelera
mientras el mundo tiembla con su gesto.

Este bicho invisible, es indigesto
nos mata por matar a su manera
y aunque muchos se salven de la fiera
son miles los que mueren sin pretexto.

Y nunca antes me hallé en tal tesitura
de ver morir sin más a tanta gente
por una enfermedad desconocida.

Y todo esto parece de locura
y ocupará un espacio en mi mente
hasta el último día de mi vida.

Lucía Espín Martínez

Alma

Soy un alma
cuya vida está en movimiento,
cuyas fuerzas renacen en la lucha,
cuya exaltación necesita
para sostenerse.
y rodearse ... de una atmósfera
de entusiasmo.
Y la veréis languidecerse, marchitarse,
sin una mano amiga y poderosa
que la sostenga.
Y sí, una voz secreta y divina
que le dice al oído...
¡Valor, yo estoy contigo!

El amor con sus horas de éxtasis
La vanidad con sus momentos de triunfo
La vida en fin...
pasa por mi visión tentadora
de mi mirar.

Carmen Amérigo

El vigilante

Vigilando las puertas yo me paso los días.
Vigilando las puertas que separan la noche.
Las puertas se clausuran para apagar los miedos
y que nunca la angustia muestre el rostro a los hombres.

Nadie sabe que existo. Quien yo soy nadie sabe.
Mi existencia es perpetua, mas nadie me conoce.
No hay un instante en que se desvele el misterio,
porque nada se mira, porque nada se oye.

Pero hay una hora en que se abre la vida,
aquella en que se apaga cualquier luna de bronce.
Aquella en la que todo amanece y despierta,
en la que todos somos como fuimos entonces.

Francisco Alonso Ruiz

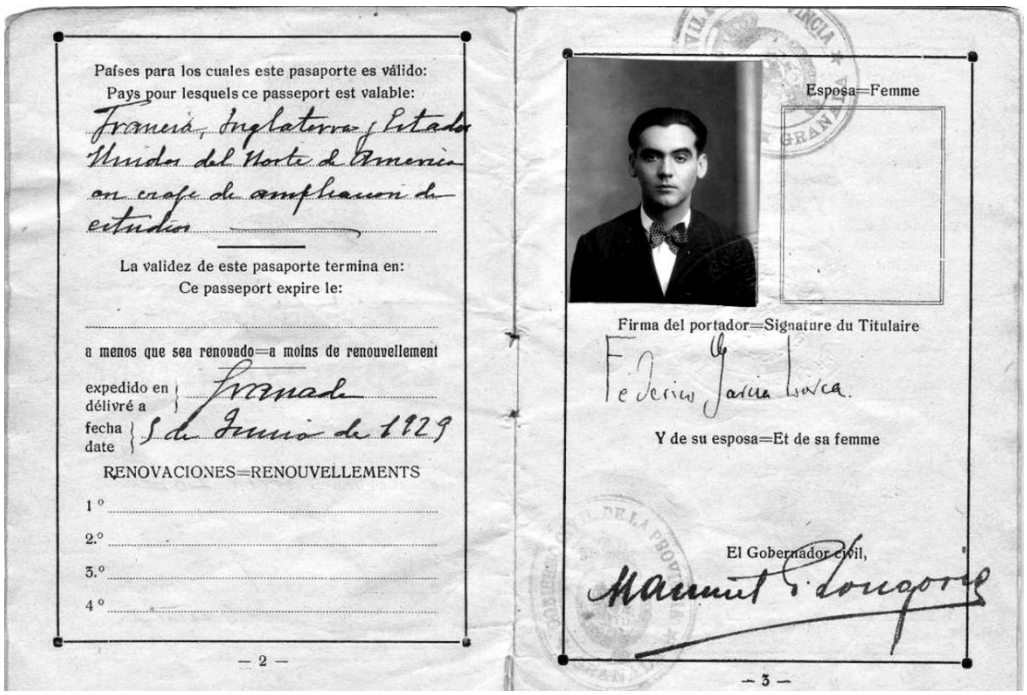
A un poeta sin sepulcro

a Federico García Lorca

Pirueteó con los chopos y la luna,
desnudó el alma gitana aguitarrada,
lanzó versos, música y teatro a las gentes,
desacopló Nueva York y sus demonios,
mostró a la mujer en su más alto valor,
lloró, denunció y luchó por el pueblo,
poetizó la campiña, el aire y el mar,
floreció entre braceros, campo y soledad,
gozamos su inmensa clarividencia.

La tierra sigue reteniendo sus restos,
mas no nos urge sepulcro donde llorar,
porque nunca se marchó, brota por doquier.
Su luz continúa alumbrando al mundo,
su voz sigue guiándonos en la oscuridad.

Antonio Gómez Hueso



MARÍA PÍA

María Pía, de pequeña, quiso ser monja como las que le daban clase en el colegio y, luego, en el instituto. Ella vivía sola con su padre, Joaquín, que era una persona dolorida, agrietada por las desgracias que había vivido en su vida.

Joaquín quería tener un hijo, un varón que hiciera todo lo que él no había podido: Ir a un buen colegio y codearse con los hijos de los ricos, estudiar una Carrera, ligar mucho, sentirse poderoso, y finalmente triunfar en la vida.

Joaquín Llana se había casado con una chica que no lo despreció cuando él la invitó a bailar en una de las fiestas en la plaza mayor del barrio. No, no era guapa ni divertida, pero él tampoco lo era, había lo que había, y no podía dejar pasar esa oportunidad. Pero, tras el baile, no le pidió el teléfono ni la dirección, no se atrevió a decírselo por si lo despreciaba. O por si se hacía ilusiones y luego le pasaba factura. Así que se despidió sin más: el barrio era pequeño y ya se encontrarían. Pero no pasó eso. Y él no sabía más que su nombre: Ana. Preguntó a muchos, sin éxito. Y también en el bar en el que entraron a tomar un refresco, pero sólo un camarero recordaba vagamente a aquella chica. –No, no he vuelto a verla, hace mucho que no viene- dijo. Un año después, Joaquín volvió ansioso al baile de la plaza Mayor: No había vuelto a ligar y, con el paso de los días, Ana se había convertido en su amor. Y es que el hambre idealiza las cosas y las personas.

Se encontraron, sí. Unos meses después, se casaban y otros meses más tarde nacía su hijo. Pero no fue un niño, sino una niña, a la que pusieron María. María Pía, porque a Ana le pareció poco nombre María, ya que todas las chicas entonces se llamaban María algo, no María a secas. Ana cuidó de María Pía como pudo, con dedicación y tristeza: Joaquín ni les hablaba ni las miraba. Sólo atendía a su mujer para follársela – Anda, deja a la chica y céntrate, a ver si te preñas y esta vez aciertas - le decía. Cuando María Pía dejó de mamar, su madre murió: Ya nada la unía al mundo, así que sobraba y lo sabía. Murió de tristeza. Y tal vez hasta de rabia contra Joaquín: le dolía ser sólo una máquina de malparir.

María Pía se educó sola y mal, sin el afecto de su padre. Por eso quiso ser monja: Dios no podría tratarla peor que él. Pero era menor, y su padre no dio su consentimiento. Ella no comprendería la razón hasta mucho después. Y María Pía, a la que todos en el cole llamaban Pía para ahorrarse sílabas, odió su sexo, se vistió de chico y aprendió a comportarse como ellos. Y hasta jugueteó con alguna de sus compañeras. Ella, Pía, haciendo el papel masculino y negándose a sentir en sí misma los placeres de la carne que sí intentaba que sintieran ellas: Placeres femeninos.

Su padre se enteró y habló con Pía. Le dijo que eso era antinatural y que ella debía ligar con chicos, que era para lo que estaban hechas las mujeres, les gustara o no. En una fiesta se emborrachó y consiguió hacerlo. Aunque solo sintió un leve cosquilleo. Cuando se despertó, apenas recordaba nada.

Como le sucedió a su madre, unas semanas más tarde comprobó que estaba preñada y quiso abortar, pero su padre también lo supo: lo adivinó mirándole a los ojos y a la tripa. Y la abrazó. ¡La abrazó! Y la cuidó y mimó como nunca había hecho.

–Tú me darás el chico que siempre quise, para que haga todo lo que a mí la vida no me dejó hacer, no habrá sido todo un esfuerzo inútil, tu compensarás el error de tu madre de parirte mujer, y el de morirse luego para fastidiarme y no darme aquello que me prometió y para lo que me casé con ella-

Pía parió. Él estaba allí, con ella, como si fuera su marido. El chico llevaría su apellido, que también era el de Pía… Pero no nació un chico. Nació chica. Joaquín, al verla salir de su vientre y ver que era niña, dijo una maldición incomprensible y salió del paritorio.

Pía cuidó de Jesusa sola. Se sentía desolada, pero su existencia ahora tenía un sentido: Dar de mamar a su bebé. Algunas veces, cuando Joaquín estaba en casa, el ambiente era tan insoportable que ella subía a la azotea para dar de mamar a su niña a solas y disfrutar la una de la otra. Aquél día, cuando Jesusa chupó del pezón, le invadió a Pía una sensación distinta. Un placer extremo la llevó a una momentánea pérdida de consciencia. Aquello se parecía a un orgasmo, su primer orgasmo y se sintió aturdida y culpable. Cuando recobró totalmente el control, sintió que sus pies no reposaban en la tierra. Flotaba. En realidad, caía hacia la calle. Cuando la policía llegó, vio su cuerpo tumbado de espaldas sobre el asfalto. Pía se había movido en el aire para soportar el impacto y servir de colchón a su hija, que sobrevivió.

Joaquín recibió la noticia con una entereza excepcional. Tomó en sus brazos a Jesusa, la abrazó y dijo unas palabras cuyo sentido no comprendieron los agentes:

-Ella me redimirá y cumplirá con lo que ni su madre ni su abuela cumplieron. Y yo espero estar vivo para verlo. Y para ver crecer y triunfar a mi Joaquinito Llana.

Adolfo Celdrán

COSAS DEL DESTINO

Años más tarde, ordenando la biblioteca, se encontró entre las páginas amarillas de algunos libros, hojas desecadas, pétalos secos, servilletas de papel dobladas, tréboles que aún conservaban -más apagado- el color verde que le recordase un viaje a Irlanda, billetes de autobús de hacía más de treinta o hasta cuarenta años, con la tinta pálida. Reencontró dibujos, pequeñas notas con nombres, direcciones o teléfonos, algunas palabras de amor o de tristeza, dedicatorias, … A veces encontraba tantos encartes que el libro de hojas se convertía también en un libro de hojas y flores y papelitos de colores. Ella estaba allí. O alguien que fue ella estaba allí, en cada uno de esos pequeños objetos, disecada, guardada para algún momento futuro, para algún posible reencuentro.

Cada encarte tenía un recuerdo adherido, un pequeño capítulo vivido. Así fue como algunos libros -incluidos los libros de texto- se convirtieron en diarios íntimos que revelaban el esfuerzo de una búsqueda incansable de trabajo, la tabla periódica de elementos, un café con leche en el quiosco de la estación de tren, una cita secreta, un dolor, una tarde de ilusiones, unos momentos de amor o de sexo juvenil. Encontrarlos ahora, tantos años después, era como contemplar una foto desgastada, como un reflejo en un viejo espejo con el azogue ajado, castigado por el paso del tiempo.

Pensaba que si arrojase al aire todas aquellas cosas, podrían dibujarse, al caer en el suelo, mil historias distintas con una vida bien diferente a la llevada y traída hasta ahora. Nada hubiera sido igual. Y pensó que -¿por qué no?- aquellas pequeñas cosas eran, en realidad, naipes de un tarot que solo ella podría interpretar y que funcionaba hacia atrás, como remembranza, y hacia delante, como deseo, cualquier cosa que le haría alejarse de un presente vacío, cansado, casi muerto.

Entre los libros encontró una vieja y pequeña carta del restaurante en el que celebró su boda, con entremeses, gambas Orly y Cordón Bleu, entre otras cosas que se estilaban entonces. Tuvo la paciencia de cortar las letras de la carta una a una y lanzarlas al aire: misteriosamente, al caer sobre el tapete que adornaba la mesa, las letras reprodujeron, exactamente, la misma carta.

Luis Muñiz

Yo nada sé de ti salvo que admiro tu rebeldía
tus senos y tu trabajo, que el silencio te atropella
a diario en manos de un marido celoso
que la iglesia te condena cuando defiendes
firme el placer tuyo tan hermoso
nada sé de ti salvo el amor
en un abrazo con que aspiro a prolongarme
o que esta casa es de los dos así su fruto así el mundo
que soy feliz cuando os besáis
y, admirándoos, prescindís del varón
nada sé de ti salvo que cuando das a luz
no mereces el suplicio del dolor
y que cuando educas lo haces
bajo el ejemplo y el temblor de un gran humanismo
que te arrimas a la gente
buscando una amistad sin pretextos
y que cuando envejeces sigues siendo la luchadora
que a los quince años se encontraba
y abría ante lo candente de unos tiempos difíciles

Alfonso Rodríguez Sapiña

Transitoria en ti la sola mujer que busca

Hasta que llegas a llenarla de cuanto quiero:
la sonrisa clara, la sombra luminosa,
el aire redondo, el silencio atento.

Llegas siempre viva,
largamente viva a la orilla de mis noches,
todavía en tu pelo, en tus ojos, en tu pecho,
en todo lo que mi deseo espera.

Tú para recordarme cómo eras antes de ser tu carne,
tu voz, tu tiempo.

Eterna, en mi sangre y desvelo.

Francisco Javier Pérez M.

Covid-19. Un toque de humildad para la humanidad

¿Qué ha supuesto para el hombre esta pandemia?
"Descoloque" social, incertidumbre, angustia…
Muro con que se rompe el horizonte,
abriendo la negrura de ese túnel
donde se pierde, en tiniebla de esperanza,
cualquier candil, por mínimo que sea
y que suponga una luz a la confianza.

El efecto inmediato:
debilidad ante lo ignoto; angustia.

Echar mano a la alforja de la ciencia
y encontrar ese agujero de impotencia
por donde, sin remedio, se le escapa
la perspectiva de sentirse insuperable
para llegar, como siempre, el primero
en ese maratón, en competencia
en que especies y sistemas luchan juntos
en rigurosa ley de subsistencia.
Es una cura de humildad en que se esfuma
el oropel de orgullo, pisoteado
por quien jamás pudo pensarse
que pudiera poner freno a su arado.
Sin embargo, un "bicho" diminuto
pondrá en jaque la eficacia de la ciencia,
por encima de los medios que despliegue,
reventando en mortandad y virulencia.
La humildad es el portillo
por donde el yo vislumbra al otro.
Hace blandir el estandarte de lo nuestro
uniendo fuerzas para tapar el roto.
Son muchos los que caen en el camino.
La sima va lamiendo las costuras
del halo en que se desenvuelve
el existir del hombre, a ras de oruga.
Como siempre debe ser,
de una batalla se ha de sacar lección.
La humildad llevará a reconocer
lo débil que es el "verso suelto";
adquiriendo, en cambio, fortaleza
al fundirse en un poema
en donde solidaridad,
sea su apuesta.

¡Solo a una; entre todos; sin desánimo,
hirviendo en el hervor de la empatía,
saldremos victoriosos de este embate
empuñando los remos noche y día!

Juan Ramón Prieto Jambrina

Los Héroes Invisibles

A todos los sanitarios
de España y del universo,
como aliento yo les doy
mi más armonioso verso,

porque soy un trovador
que no cesa de pensar,
en quien se juega la vida
para otras vidas salvar.

Os admiro porque sois
las personas ideales,
salvando vidas humanas
en todos los hospitales.

La vida entera os pasáis
salvando seres humanos,
de todo nuestro planeta,
españoles y africanos.

No tiene precio el trabajo
que ahora mismo estáis haciendo,
en pro de la humanidad
que tanto está sufriendo.

Me gustaría ayudar
si sanitario yo fuera,
todas las horas del día
hasta que al suelo cayera

como cae de agotamiento
el que hace un maratón,
porque soy un ciudadano
que ama a su nación.

Os veo como una piña
trabajar codo con codo,
para cuidar y sacar
a todo enfermo del lodo,

del pozo más hondo y frío
sin puerta alguna y salida,
para escapar de la parca
maldita y salvar la vida

y la seguiréis salvando
porque sois la solución,
de una patria que os admira
y os quiere de corazón.

Es un orgullo tener
los más humanos doctores,
que en la faena son enormes
y en el trato alentadores.

Sois el tesoro más grande
que debería preservar
una España de altas miras
y la sanidad cuidar.

Sin duda sois la esperanza
de nuestra patria y su gente,
porque en vosotros confía
sin dudarlo, plenamente.

Los héroes invisibles
están en los hospitales,
no los vemos porque van
todos vestidos iguales.

Destrozada tengo el alma,
mi mente y el corazón,
de no poder hacer nada
por mi mundo y mi nación.

Trinitario Rodríguez

Cuerpo roto sin templanza

Y vi el ramo de azucenas
en el jarrón de la mesa,
y los almohadones rojos
en el suelo de tu alcoba,
y dos calandrias volando
por el cielo azul turquesa,
cuando me asomé al balcón.

Y vi a tu madre afligida
corriendo hacia la dehesa,
las macetas con las flores
sedientas y sin amores.

Y vi tu salto de cama
rasgado sobre la almohada;
sangre en la sábana blanca
y la alfombrilla manchada.

Mariposas como duendes
que por el balcón entraban,
recorrí toda la casa
y las paredes lloraban
alientos de enamorada.

Y vi en la torre subir
un amanecer funesto
que me llenó de tristeza.
Salí a la calle corriendo
por donde tu madre iba,
la sangre me dio tu rastro.

Y vi tu cuerpo caído,
muerto ya estaba en el suelo.
El agua de la dehesa
coloreaba de rojo.

De tu boca… ni un quejido,
cerca de ti, madreselvas,
dos amapolas perdidas,
jaramago, florecillas
(pensamientos)
y sangre que derramabas
de los dedos de tus manos.

Y vi una seda morada
cubrir tu cuerpo desnudo,
tu madre rogaba a Dios,
tus ojos apagados vidrios
y solo pude llorar.

El alba se oscureció
por una nube muy negra
y una lágrima certera
en tu herida se escondió.

Ramoncita Ruiz Moreno

Siempre tendrás la vida

Parece que al leer tus poemas tengas vida
y en cada verso fluye la sangre de tus venas
con pocas alegrías y un torrente de penas,
y en tu gran corazón llevas una gran herida.

Pero no muere nunca el poeta ni se olvida.
Barro y Miguel, Miguel y barro en las azucenas,
tu nombre es libertad, y vas rompiendo cadenas
más que pronto heredaste la tierra prometida.

Barro eres, y Miguel te llamas, inmenso humano
que no hay tierra que tape tu nombre tan creciente.
Libertad, libertad, la encontraste a tu partida.

Sé que al leer tus versos te siento muy cercano
y un fluir de tu sangre silba constantemente
porque aún después de muerto, siempre tendrás la vida.

Lucía Espín Martínez

Soneto culpable

escribo, sabiéndome acusado,
un soneto despojado de tejido,
claro que su piel no ha florecido
estando como estoy enajenado,

desnudo va ese pobre, tan menguado,
monstruo de Frankenstein recién cosido,
se observa las costuras convencido
de llevar cada verso descuadrado.

Le miro y compadezco su postura,
la rima está cosida sin medida,
me mira enfurecido, con censura.

Versos heridos sin cura definida,
cicatrices que destruyen su figura,
convirtiendo al poeta en homicida.

Condevolney

UN DESEO TERMINAL

Allí estaba, con su imagen de viejo, seco y carcomido. En medio de la espesura del bosque su majestuosa copa, antaño admirada por los demás árboles que lo rodeaban, a los que superaba con su imponente altura, se había visto alcanzada y vencida. El tiempo que no perdona, lo había condenado a sufrir la humillación de avejentar sin poder evitarlo, a perder vida en sus ramas hasta límites extremos, a carecer de nuevos brotes y hojas, a sentir la falta de savia y tal sequedad en su corteza que todo hacía presagiar la proximidad de su muerte.

Días antes, el guarda forestal se apercibió de ello; sin apenas prestarle atención, había certificado con un lacerante brochazo de pintura roja sobre la corteza de su tronco cuál iba a ser su próximo destino. En breve, el leñador procedería a cortarlo de cuajo, a escasos centímetros del frondoso suelo repleto de helechos y líquenes que, como una mullida alfombra, lo recibirían en su letal caída. De nada había servido que en los últimos meses, él, con insumisa voluntad y deseando no abandonar la compañía de los suyos, hubiera apuntado en su tronco algún incipiente aunque raquítico brote verde, que ni siquiera llegó a convertirse en nueva rama.

El malhadado vigilante forestal debió entender, si es que los vio, que se trataba de vanos intentos por subsistir, y que en ellos apenas existía un leve hálito de vida para combatir la previsible muerte que, en su imparable avance, ya le había envuelto en mugrienta capa, a la espera de que con la motosierra, a modo de guadaña, el talador procediera a cercenarlo a ras de suelo, para acabar con su vida; una vida que apenas se hacía perceptible por la irremediable necrosis que sufría.

De nada le había servido su continuo esfuerzo durante los últimos años por rodearse de tantos vástagos como le había sido posible en su derredor, que emergieron como retoños de sus raíces más superficiales, o como supervivientes de las ramas que habían actuado como esquejes. Unos y otros habían ido creciendo a su amparo y ahora, algunos, hasta lo alcanzaban y superaban en altura. Se sentía feliz en su letargo. La tarde caía y pronto sería de noche; aunque para él la luz había desaparecido desde tiempo atrás, pudo percibir la oscuridad por el silencio de los pájaros y el sosiego del bosque. Lentamente quedó sumergido en un profundo sueño.

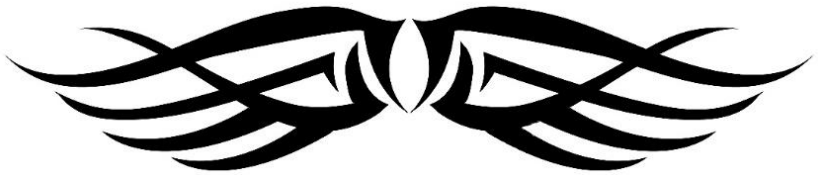
Horas más tarde, a poco de amanecer, sintió la llegada de un guarda bosques, era el que en los últimos tiempos se acercaba y le hablaba como un amigo, musitándole palabras de ánimo. Tocó suavemente la vetusta corteza de su tronco y le susurró, "he venido a darte el último adiós, ¿qué podría hacer por ti?, ¿cómo querrías pasar a la otra vida? Si pudieras transmitírmelo... ¿cuál desearías que fuese tu próximo destino? ".

En tan trascendental duda se hallaba pensando. ¿Prefería ser cortado en tocones, convertido en madera para muebles, quizás en tablas? Tenía claro su deseo de no acabar en viruta, astillas, serrín o leña, porque terminaría siendo víctima del fuego, incinerado. De pronto pensó que su mejor destino sería que lo convirtieran en pasta de papel y que fuese empleada para la escritura. Un destino así le permitiría estar junto a los niños en sus ilusionantes dibujos infantiles y cuando trazaran sus primeras letras; también podría servir a los hombres para recoger sus voluntades. Pero lo más subyugante sería servir para que expresasen sus versos de amor los poetas, y los cuentos, relatos y maravillosas historias los escritores; así perduraría en el tiempo como inmortales manuscritos... pero ¿cómo podría explicarle algo tan complejo a su amigo y que lo pudiera entender?

Francisco Poveda

Me gustan las personas
que pudiendo eclipsarte
siempre hacen que brilles,
que tienen tu vida en sus manos
y te hacen sentirte libre,
que se ofrecen para ayudar
sin habérselo pedido,
que aun haciendo mucho frio
encienden los corazones,
que en las tardes de otoño
te regalan primaveras,
que aunque ahora no están
parece que nunca se fueron,
es por eso que me esfuerzo
en ser uno de ellos.

Fede Obrador



Azules menudencias en un pozo con noches sin estrellas mancas de inspiración.
Vacío vuelco, abierto balcón a un sereno latir, rodado canto duro por vivirlo.
Artificio para un respiro dibujando esbozos de minutos dorados,
ricos kilates en papel de seda para un grato recuerdo,
paquete gris ahora, empañando un sombrajo siempre elocuentemente roto;
luz renacida en el suelo de la tierra,
cumplido esbozado en el mundo,
latente apenas aún sin memoria,
como aquella luciérnaga de mi ribazo.

Ana Curt Tomás

Una llamada inolvidable

Era un verano tórrido,
en las casas se ardía
los jóvenes salían
a las calles buscando el frío nocturno
que agitaba los árboles,
con un fresco difuso
que recordaba historias
de tiempos lejanísimos
y volvían las muchachas
que nunca se olvidaban,
y entre todas la Toya,
en la calle más ancha
con helados y postres y pasteles,
y nosotros mirábamos,
sus tan bellos manjares
y el sueño se escondía
por otros meridianos.
Mas la Toya salió
y me llamó dulcísima
y yo pasé a ayudarla
y nunca olvidaré
tan hermosa llamada,
solo dijo Manolo
y no podré olvidarlo.

Manuel Parra Pozuelo

TRADICIONES ALICANTINAS

Sant Antoni del Porquet
(San Antonio Abad)

Cuando era muy niño, uno de los recuerdos más entrañables, era cuando mi padre traía a mi madre dos cosas: un poncíl (especie parecida al pomelo) y turrón de novia (un pequeño rectángulo de palomitas con miel). Siempre en enero, siempre el día 17, siempre con amor.

Día de San Antonio Abad, que en Alicante se le conoce por “Sant Antoni, el del Porquet”.

Yo siempre creí que lo hacía por iniciativa propia, en la misma fecha, ya que él trabajaba en el Mercado Central de Alicante, y en esos días ponían pequeños tenderetes al aire libre donde vendían estas cosas frente a la Iglesia de la Misericordia engalanada por su festividad. Y ya que le venía de camino para el barrio (Carolinas Altas) donde vivíamos entonces, aprovechaba para comprarlo y, posteriormente, regalárselo a mi madre.

Les confieso que, con el paso del tiempo, yo mismo continué con esa peculiar tradición con mi mujer, que yo consideraba “familiar”, equivocadamente, ahora lo sé, pues hace poco tiempo, a través de leer un artículo en “Facebook”. ... ¿quién me lo iba a decir?...

Supe, que era una de las tradiciones más antiguas de Alicante, datada nada menos que en el siglo XVI. Aunque tanto yo, como mi padre la cumplimos de forma inexacta.

Me explico: es la novia o mujer la que regala un poncil al novio o marido, y éste le obsequia a ella, un turrón de novia. Eso es lo correcto.

Se añade aquí, que a la procesión de la imagen del santo se le tiran siete “torraos” (garbanzos) pidiéndole al santo, habitualmente, un buen novio, y que este acto se repetiría al año siguiente, si no se cumplía lo pedido, (aunque en la actualidad, los deseos puede que sean otros, claro).

También los niños se divertían en esta fiesta tan entrañable deslizándose por las cuestas por las cercanas calles que desembocaban frente a la Iglesia de la Misericordia, ganaba aquél que llegaba primero, en unas improvisadas y originales “alfombras” de esparto o de cartones por supuesto, en el presente, son cada vez más sofisticadas).

Hoy... las cosas han cambiado tanto, que sólo se le conoce al santo por la bendición de los animales, pero que entre nuestras tradiciones tan alicantinas casi se nos pasa desapercibida, y casi no nos enterábamos.

Yo les propongo que la recuperemos. Ya que tiene en el fondo algo de “día alicantino de los enamorados”, pero sin multinacionales.

Sé que el “turrón de novia” puede engordar, pero un día, es un día. Y en cuanto al poncil (especie de limón o cidra de agrío corazón, pero de corteza gruesa, dulce y algo alimonada, llamado también: cidra, limón poncil, limón francés, taronja y en hebreo etrog.

Se le conoce desde el 1300 a.c. en China, y es mencionado en la biblia y conocido por el imperio romano que lo utilizaba de forma alimentaria y medicinal) también les recomendaría que leyeran sus propiedades y verán que es muy recomendable.

Así que, si quieren, anoten esta fecha: 17 de enero, estoy seguro de que no se arrepentirán, y menos su pareja.

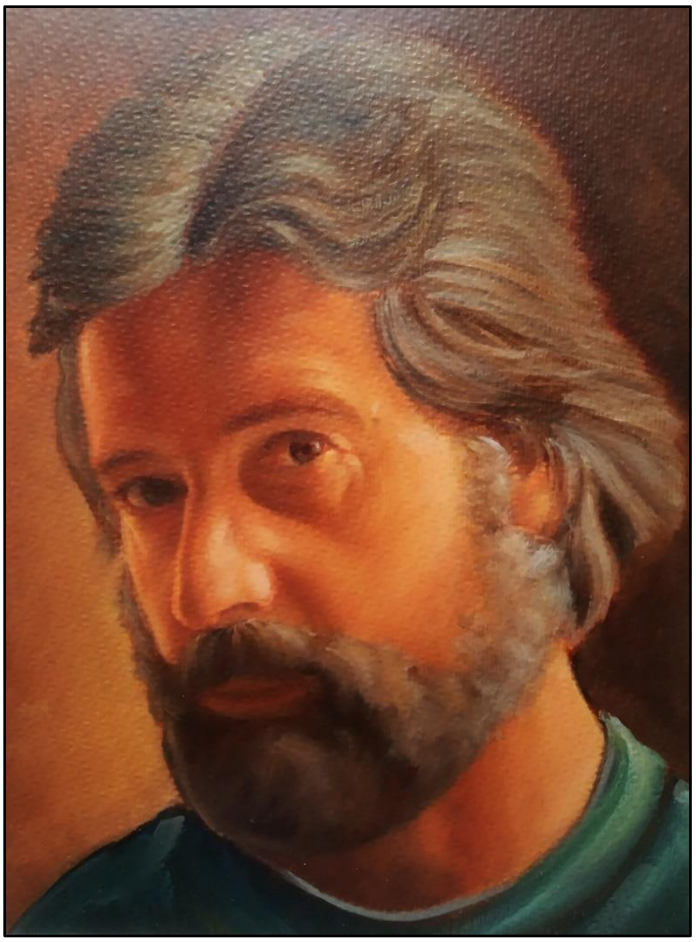
Porque el amor, es el amor. Y compartir es amar. Y amando compartimos nuestra vida, es más saludable, más tierna, y más dulce.

...Que un día, es un día.

El día de Sant Antoni “el del porquet”.

Luís S. Taza Hernández

CUADERNILLO DEL PINTOR PEPE GIMENO



Autorretrato Pepe Gimeno

Pepe Gimeno nace en Vilches (Jaén) en 1953
En 1966 se traslada a Madrid donde vive hasta 1976.
En esta fecha de 1976, llega a la ciudad de Alicante,
donde reside desde entonces.
Es pintor y diseñador gráfico.

Inició su trabajo como pintor en la década de los 70
y ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas.

Como diseñador, trabajó desde 1993 a 2019
para diversas instituciones públicas en el ámbito cultural.
www.pepegimenoestudio.com

Tabla torcida

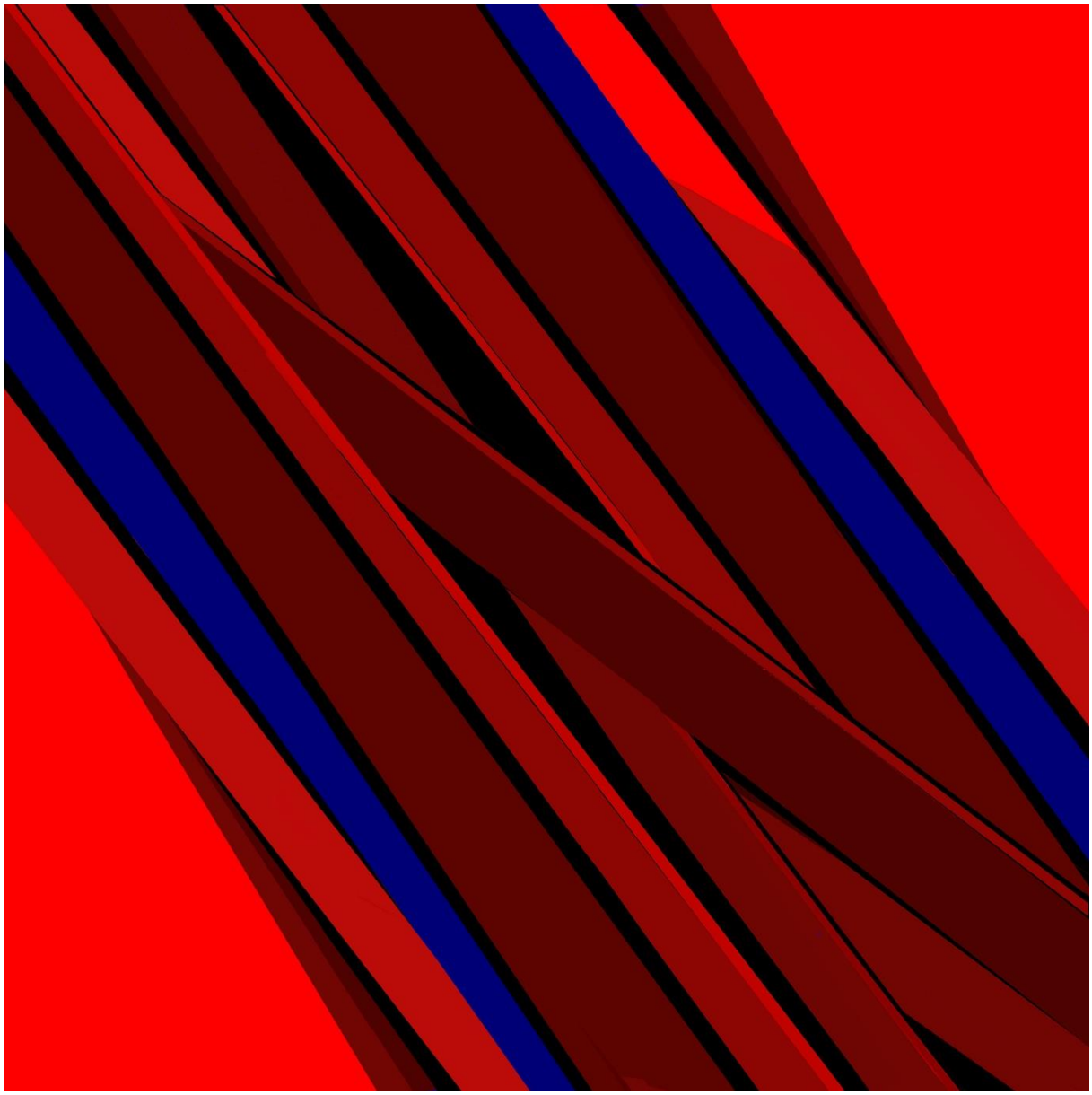
Yo soy como esa tabla ficticia que se entrevera con las otras
Esa que se entrecruza saliéndose del cuadro,
saliéndose de la pared, la página, el borde, el suelo o lo que sea,
esa que avanza en su camino apuntando directamente a mi mirada
aunque vuelva a su cauce luego
junto a tablas hermanas.

Esa que, como un árbol torcido,
surge desde la tierra y se dirige hacia las nubes
pero se despareja y gira en su camino
para no abandonar del todo a los que la miramos...
Aunque, eso sí, al final
se oculte entre sus tablas compañeras.

¡Esa! ¡sí! ¡mírala!
Esa que nos saluda con descaro y nos llama colegas
aunque, repito, nunca abandone del todo a sus hermanas
sean rojas o azules, oscuras o brillantes...
Y ellas la aceptan como es.

Yo, si alguna vez me reencarno
y me reencarno en tabla
quiero ser como ella.

Adolfo Celdrán



Color, perspectiva y sombra.

Sobriedad es eficacia
que centra al espectador
sobre el mensaje del cuadro
que ha imaginado su autor.

En este caso tenemos
dos colores: rojo y negro.
Atraviesa aquél a éste
como helicoidal barreno.

La intensidad del color
se desdobla en perspectiva:
tenue en un segundo plano
en que se vuelve cuchilla.

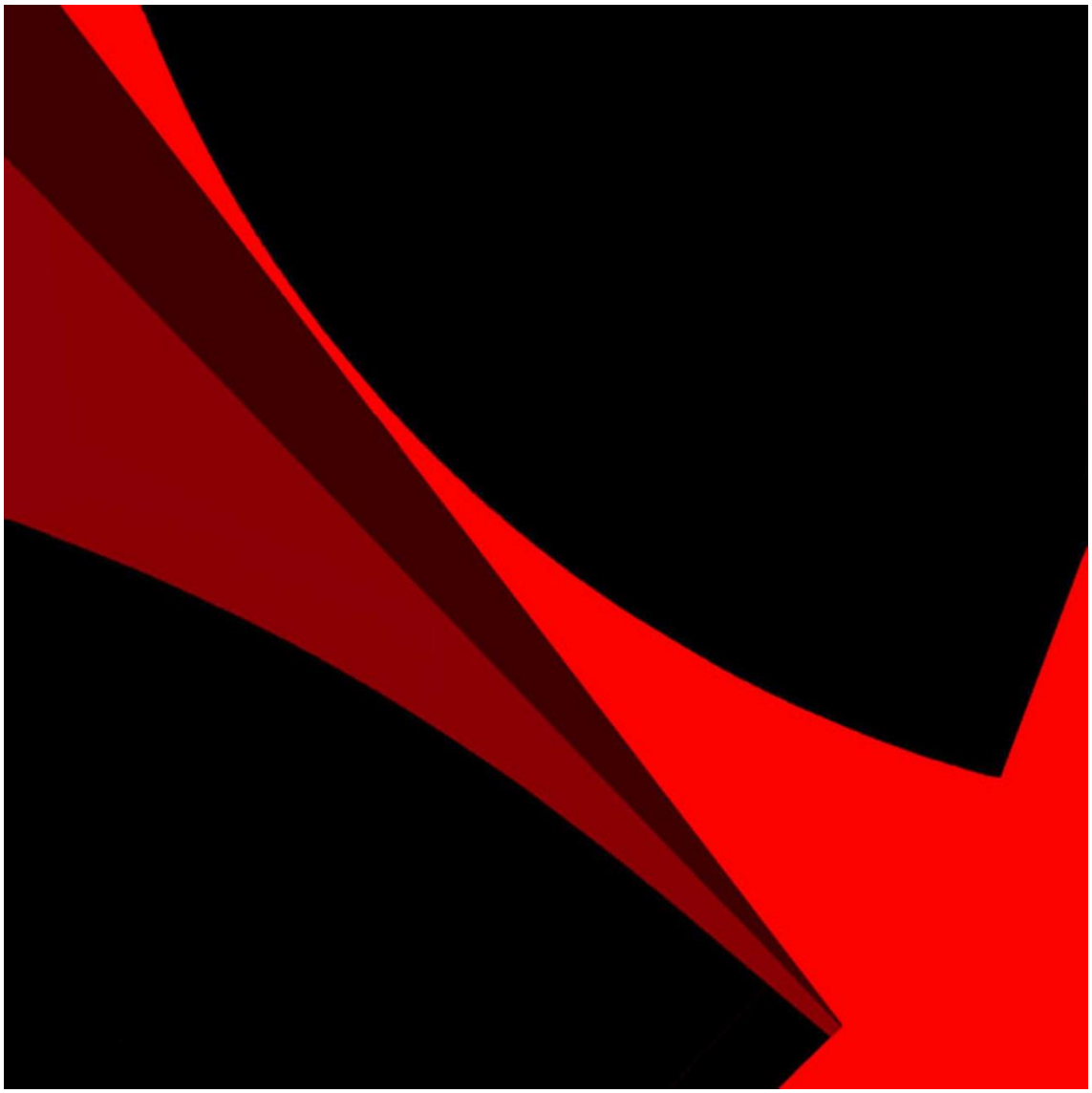
Se resuelve en una flecha
la concreción del primero;
rojo intenso que se ensancha
en algún destino incierto.

Si traspasamos las bardas
de la pura sensación
con el foco del espíritu,
salta la imaginación.

Muestra el negro la rutina
en un ánimo indolente
en que la vida se engolfa
cuando falta un aliciente;

el rojo, en cambio, pasión,
es el aguijón que incita,
en los momentos más negros,
al alma, a buscar el SOL.

Juan Ramón Prieto Jambrina



Armonía y vida

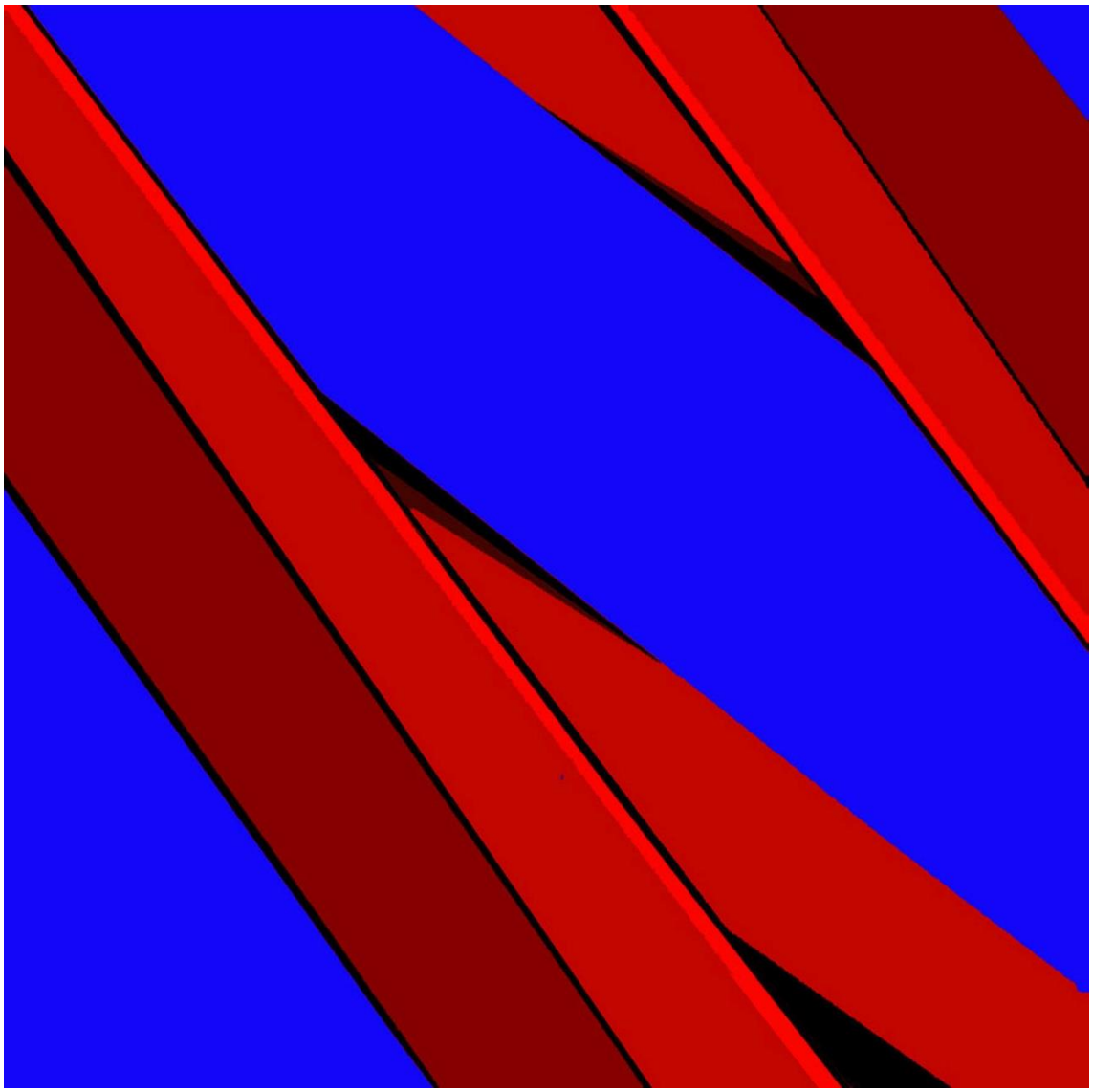
Azul vivo
Cielo límpido,
sin nubes
imagen quieta del mar
carente de olas,
y de alondras
que lo surquen al volar.

Doble rojo
Son el vigor y la vida
como procura la sangre
que no deja de brotar...
y se pierde en guerras
cruentas
que carecen de final.

Rojo en esos maderos
alegoría del hogar
donde crepitan las brasas
del cálido amor.
Y un azul límpido
que ofrece
la calma para soñar.

Azul y rojo,
rojo y azul, qué más da.
Símbolos en banderas,
que no dejan de ondear
conviven en armonía...
mas son portadas por hombres
que sólo saben odiar.

Francisco Poveda Blanco



El cielo irrumpe, traza en su color la aspiración de la mirada alta.

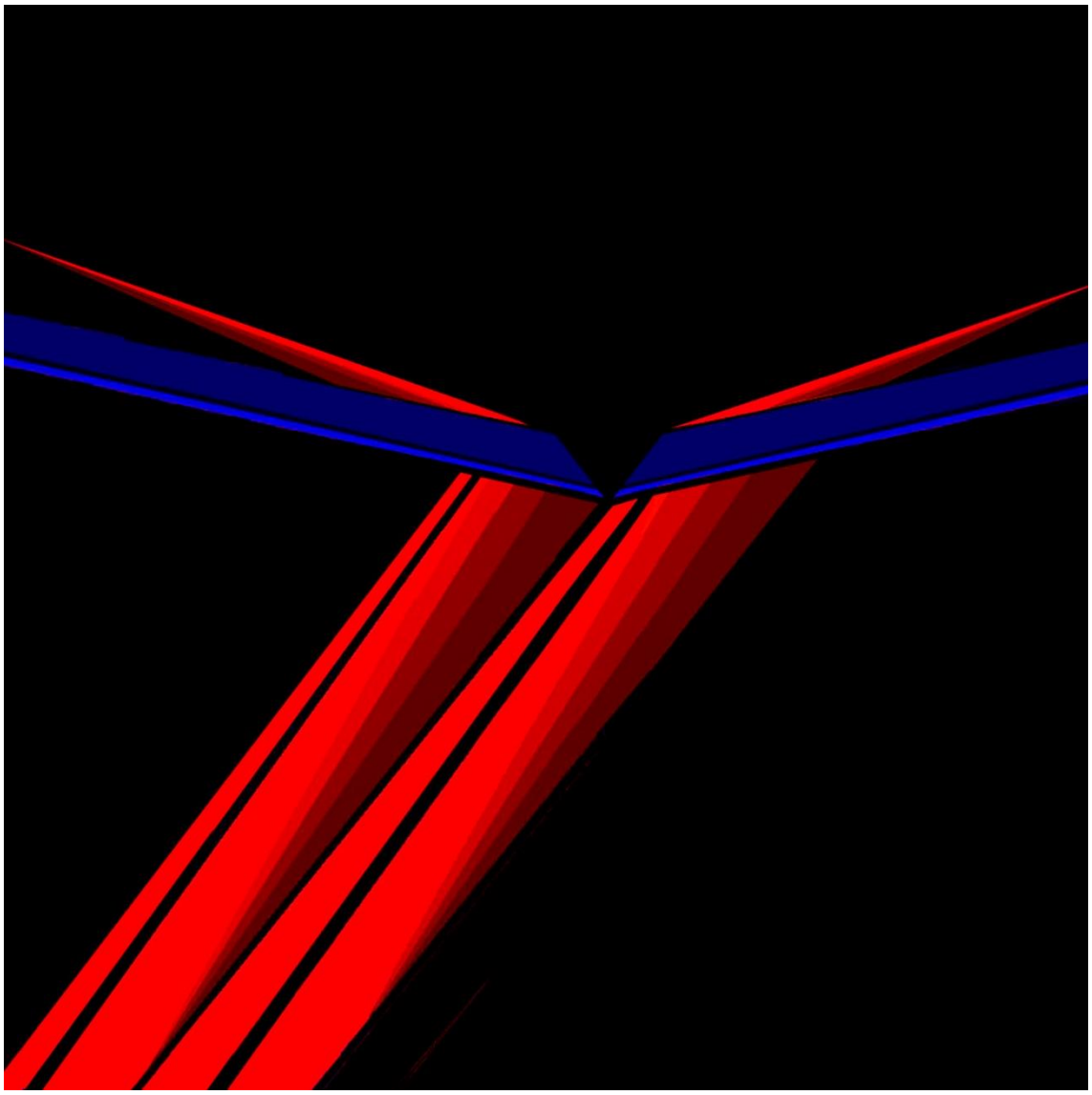
Más allá la nada, la elegante negación de un espacio quieto.

Después la antorcha del dolor, la sangre y sus estadios, la gradación de la voluntad, la lejanía más cercana que se confirma en horizonte.

Entre medias la noche que todo lo acota, carne que sujeta la arteria al latido del pincel.

Por aquí vuelve el corazón al magnetismo del creador, vuelve la vida al filo de la pintura.

Francisco Javier Pérez M.



AUTOPEPEGIMENO

Un retrato expresa la visión que un pintor tiene de su modelo. Un autorretrato es la visión que, de sí mismo, posee el artista o, en última instancia, la visión que de sí mismo quiere trasladar a quien lo observa. Pero el arte siempre es mentira. ¿O es otra dimensión de la verdad? El autorretrato muestra; el autorretrato esconde. Creo que ahí, detrás de unas gafas enormes, poblados sus cristales de reflejos luminosos -diríase unas gafas que no están hechas para mirar hacia fuera, sino para bucearse por dentro-, un rostro que se adivina en simples y minúsculos trazos, es el soporte de la mirada -todo pintura- que se intuye. Algo tiene olor y sabor a jazz aquí, en esta imagen. Tras esos cristales, un hombre que busca, acecha.

Luis Muñiz

FIN DEL CUADERNILLO

Un día de otoño

Me encuentro cansada
y mis fuerzas flaquean.

Desprotegida del viento
y la lluvia, me arrimo a un árbol
donde me da cobijo.

Es medio día y la luz del sol
me mira y me envuelve,
en mi propia soledad.

Miro al infinito
y al sol opalino que me abrigue,
suenan mis pisadas, no hablo, no medito,
no pienso ni en mi suerte,
ni en la lluvia de un día de otoño
tan oscuro como la muerte

Carmen Amérigo

No sé si languidecería al final de un párrafo entre páginas aún no escritas, ni si me atrevería a dorar palabras para conseguir reinos, prefiero un ramillete de encendidos rojos anudado con el tallo de un clavel.

Escribiré manojos de palabras hasta que adivines lo que pudieron guardar en un duro silencio arrinconado que escondió celoso su sentir. Languidece en su porqué aquel ardor, aquel calor que lo mantuvo vivo mientras fue.

Hoy ya es nada, una nada blanca sin nubes, ni nieblas ni sones de herida, abiertos hierros cancelan al latir.

Preciosa forja ardiente al sol del día, oro seguido, obediente sombra obstinada, eco fiel persiguiendo la luz.

No sé, no sé, ¡si perdida en mis sentidos dejaría de ir viviendo sin languidecer!

Ana Curt Tomás

Venciendo el tiempo

Bruma sin viento
no cubras
el espejo del sol.

La maldición
de todos los soles,
secará tu vida sin raíces.

Para que su luz
ilumine la vida.

La belleza del paisaje
y mi soledad,
a través del esplendor,
dará su fruto
con el dolor
de la inocencia.

Y el perfume de sus flores,
aliviará
la ironía de la vida.

Ramoncita Ruiz Moreno.

TEATRO. LA VIDA ES PURO TEATRO

Él no era Tennessee Williams ni vivía en Nueva Orleáns. Por eso no podría escribir nunca "Un tranvía llamado Deseo", algo que anhelaba intensamente desde que, siendo muy joven, leyó la obra. Pero no por ello se desanimó: en su ciudad funcionaba una línea de autobús llamada Tómbola-Cementerio -así rezaba en letras grandes en el frontal del vehículo- y eso, sin duda, podría formar parte de una historia peculiar.

"La vida es una tómbola, tom, tom, tómbola, -repiqueteaba en su cabeza junto a la imagen de un niña rubia de ojos azules, moviéndose con gracia impropia de su edad-,de luz y de color, de luz y de color,…".

Imaginaba, entonces, que alguien, quizás él mismo, quizás todo el mundo, al son de esa canción, como una sintonía que venía de los altavoces colocados en las farolas, tomaba ese autobús a diario y que el azar, solo el azar propio de una rifa de feria, hacía que, al adquirir el billete, el viajero descubriese que el trayecto acababa en otra oportunidad de vivir y jugar o, directamente, en el camposanto.

Tómbola. Cementerio. Algunos viajeros tomaban un tique de ida y vuelta. Algunos, solo de ida, hacia uno u otro lugar (se les notaba claramente en la cara el itinerario que les había asignado el destino, sin que fueran necesarias las palabras). Otros, convencidos de estar tocados por la suerte, pedían directamente un boleto a la espera del número salvador de una bolita de colores con un dígito impreso que extrajese una mano pretendidamente inocente. En las ventanas unos anuncios que se sustituían regularmente, con el cambio de estación, generaban una sensación de irrealidad: "La vuelta al cole"; "Ya es primavera en El Corte Inglés"; "Vuelve a casa por Navidad", "Es tiempo de rebajas",…

Para facilitar las cosas, dicen que las autoridades están pensando en prohibir el acceso a la ciudad en vehículo propio y que implantarán una línea circular que, recogiendo usuarios de todos los barrios, siempre tenga parada en Tómbola y en Cementerio. Y eso, por el precio de un solo billete simple.

Luis Muñiz

HAY CULOS Y CULOS

Mi padre me contó de pequeño cosas muy instructivas y graciosas. Por ejemplo, de cuando iba andando por la Rambla y delante de él caminaba, en su misma dirección, un señor mayor. Él iba enfrascado en sus cosas cuando observó algo que le llamó la atención: El caminante que le precedía acompañaba sus andares con un redoble acompasado de batería ó maracas. Cada vez que daba un paso, sonaba un ruidito característico. Al cabo de unos segundos, mi padre llegó a la conclusión de que el viandante acompañaba el movimiento de sus piernas con pequeños retumbares producidos por emanaciones diestramente emitidas en su trasero en un brillante y rítmico acompañamiento musical, emanaciones sin duda similares a las producidas en la garganta del cantante cuando éste hace sonar su voz, pongamos por caso. Con la diferencia de que, si al cantar las vibraciones auditivas se producen en las cuerdas vocales y la caja de resonancia que las amplifica son las cavidades pulmonares, en este caso lo que vibraba era el esfínter anal, y la cavidad resonante, el vientre. Afortunadamente, mi padre iba lo bastante alejado del citado artista callejero como para no acrecentar esas sensaciones visuales y auditivas con otras olfativas, que probablemente hubieran sido menos apreciadas por él.

Quedéme con ganas de saber si, por un casual, el citado artista llevaba puesta una chaqueta de esas que llevan dos rajitas en la parte inferior de la espalda (es decir de las comúnmente conocidas como “de peo libre”) y si esa parte se levantaba rítmicamente cada vez que debía cumplir con su cometido de liberar los retumbos, pero nunca me atreví a preguntárselo.

El interés de mi padre por los culos no era únicamente por los masculinos musicales, claro. En una ocasión acabó hablándome del experimento científico que él había comenzado y en el que me recomendaba que yo participase, a saber: cuando llevas a una chica delante, como a diez o quince metros, que camina en tu misma dirección, no hagas carreras con ella para pasarla, hijo, sino más bien mantén esa posición privilegiada y, sin que ella ni nadie lo note, mírale el culo. Observa como suben y bajan sus glúteos, como se balancean, y centra en ellos tu atención. Observarás, sorprendido, como, tan solo un instante después, ella baja un brazo y recompone su falda o pantalón, se estira la camisa o la chaqueta, o ejecuta cualquier movimiento que prueba que ha notado que tus ojos se fijaban en su culo, y se asegura de llevarlo en óptimas condiciones: o le gusta, o le molesta levemente, o yo no se qué: habría que estudiar cada caso… Pero lo que está claro es que ella siente tus ojos y tu mente fijas en él.

¿Transmisión de pensamiento? Sin duda, porque los culos no piensan y los ojos tampoco: De mente a mente. Mi parte científica (y la otra) quedó interesada, así que comencé a experimentar siguiendo el protocolo indicado… ¡Y era cierto! ¡Funcionaba! Me sentí afortunado. Doblemente afortunado. Y multipliqué las experiencias. En un 90% sucedía. Y en el otro 10%, seguro que estaban distraídas, eran vagas, les daba igual su culo o vete tu a saber porqué no reaccionaban como las demás, habría que estudiarlo. Pronto fui consciente de que el experimento requería formar lo que científicamente se denomina un grupo de referencia, es decir, un grupo al que nadie les mirase el culo durante el tiempo del experimento, y ver si ellas, en ese tiempo, se lo tocaban o no. Pero no se me ocurrió cómo hacerlo porque, si no les miraba el culo nadie, no tendría esa información. Y las cámaras de vídeo, teléfonos móviles y hasta de cine amateur no hubieran servido porque, a esa distancia, o apuntas mirando o no sale. Y si miras para apuntar, pues ya estás mirando, claro. No, entonces no había armatostes de esos, pero, aunque hubiera habido, no hubieran servido. Así que me quedé sin grupo de referencia. Pero no por eso dejé de experimentar.

Y justo un jueves en el que seguía un culo especialmente apetitoso, me di cuenta de que estaba pasando por delante de la puerta de una iglesia, creo que la de Nuestra Sra. de Gracia, y me sentí levemente culpable (yo, entonces, aún iba al colegio de frailes y tenía claro que todo lo referente a mujeres era pecado, excepto si eran La Virgen María y mi madre, que eran dos santas). Entré.

La enorme sala me impresionó. Y la música del órgano, que sorprendentemente sonaba para los 4 fieles que éramos. Avancé por el pasillo central hasta la 4ª fila, me arrodillé y comencé a rezar un Padrenuestro. A mitad, fui consciente de que lo que interpretaba el órgano era “La Campanera”, canción de moda entonces que, aunque se refería a un tema levemente eclesiástico (la campanera es la que toca la campana) era veleidoso: “Dicen que no eres buena ni a la azucena te pudieras comparar”, dice su texto. Levanté la vista hacia el órgano (el de la iglesia, digo) y no vi al organista. Suspiré. Mi vista recorrió las hornacinas de los santos, a los que no parecía molestarles. Hasta que tropecé con la imagen del arcángel San Gabriel, que miraba cómplice hacia abajo. Le hice un gesto, pero no me respondió. Y por un momento temí que, en esa postura inclinada, Gabi aprovechase para acompañar la pizpireta música del órgano con percusión natural, como hacía el tío que vio mi padre en la Rambla.

Me alegré de que no pudiera hacerlo porque, afortunadamente, era un ángel de piedra.

Adolfo Celdrán

Que el vino que tomo con mis amigos
sea también mi amigo
así no tenga que limpiar
las esquinas del crepúsculo.
Que se desborden la alegría
y las palabras
y las copas en las bocas
llenas de besos y poesía.
Que haya siempre alguien
que diga “cursi”
y otro que diga “obsceno”.
De noche mejor
pero si es de día
detente en los ojos
de quien te ofrece su brillo
su luz a cualquier hora
y si la borrachera es mucha
y te da por tumbarte
a soñar con arena y otros humos
acuérdate de las ambivalentes
esquinas del crepúsculo
con que un día tu amigo
te obsequió
materia y verso a un tiempo
acuérdate de amigos y amores
y como aún de borrachera
en borrachera
cuentan
más que cualquier ebriedad
de sábado noche
amigos y amores
locos bailarines
bañados de alcohol

Alfonso Rodríguez Sapiña

El triunfo de Baco *o Los Borrachos de* ***Diego Velazquez***
Grabado de Manuel Salvador Carmona en el año 1793,
a partir de un dibujo de Manuel de la Cruz Vázquez.

No puedo encontrar la luna
en medio de este silencio
en este hotel sin ventanas
en esta alfombra de hielo.

No puedo encontrar la luna
en este lugar infecto
donde suplico a Satán
un poquito más de infierno.

No puedo encontrar la luna
en estas venas sedientas
de esos caballos salvajes
que las agujas remiendan.

No puedo encontrar la luna
arrastrando por el suelo
cuatro huesos decididos
a masticar sus recuerdos.

No puedo encontrar la luna
si reducís a vergüenza
el momento en que la vida
te mira como si fueras

un asesino de muertos
el terror de las urgencias
una morgue con enfermos
sin esperanzas, ni fuerzas.

No puedo encontrar la luna
en el mar de las almendras
ni en los árboles sin pluma
ni en las montañas con verjas.

No puedo encontrar la luna
ayudadme mambas negras
¿qué sabéis de ese veneno
y de su intensa belleza?.

No podré encontrar la luna
ni hoy, ni mañana, ni nunca
no puedo encontrar la luna
¡no podré encontrar la luna!

Condevolney

Bendito sea el poeta,
corazón grande, a veces roto,
siempre en la sombra,
dejando su huella.
Alquimista de pasiones,
orfebre de sentimientos,
engarzando las palabras,
entretejiendo sueños.
Bendito sea el poeta,
mezcla vivencias y sueños
en su alambique de oro
para destilar poesía,
y alcanza su esplendor
cuando crea algo de la nada,
como hizo una vez Dios.
Bendito sea el poeta,
él transita caminos
por los que nadie pasó,
y va marcando señales
para los que vendrán,
dejando un mundo mejor
del que se encontró.
Bendito sea el poeta.

Fede Obrador

Las huertas de mi pueblo

Los robos en las huertas,
había muy pocas huertas en mi pueblo.
El secano imperaba en sus tierras resecas,
pero al final del pueblo,
cuando ya no había casas,
algunos con las aguas
de la acequia o del Corcoles
regaban el secano
de aquel campo tan yermo.
Los muchachos del pueblo
algunas noches íbamos
a robar en melonares
los frutos madurados
y los verdes.
Todo atraía insaciable
las bocas desde siempre tan hambrientas.
igual que aves sedientas
en campos tan resecos.
No olvidaremos nunca
los robos en los feraces campos
escasos y muy fértiles.

Manuel Parra Pozuelo

SÓLO SON BROMAS

Le dicen al Pancracio que es tonto de solemnidad, y él se refocila por la estulticia que no le es sobrevenida sino congénita. El etiquetaje verbal lo suelen acompañar diciéndole, "y lo eres sin caducidad". Los vecinos de El Socarral se regodean al verlo con su pinta de sarnacho de pedregal y le corean todas sus ocurrencias, que no son pocas, dada su ignorancia. El Pancracio, según el Platón - otro que tal- se mueve entre el ad hoc y el plus ultra, mas siempre alejado en fondo y forma del sujeto parlante, con el que casi nunca liga más de cuatro palabras, porque es corto de entendederas y para remediar su ausencia de labia y de cordura, no para de gastar a los pueblerinos sus patosas gracias.

La penúltima ocurrencia, se la hizo al Práxedes, atándole los pies a las patas de la mesa, o viceversa, cuando dormía la siesta y roncaba con desafuero. Una vez que lo tuvo como Toro Sentado y con una pluma de paloma en su abundante coronilla, le colocó bajo la silla una traca de petardos, a la que prendió fuego sin previo aviso. Ante el descomunal estruendo, al Praxedes se le cortó el roncar, despertó sobresaltado y al echar a correr, se dio un morrón tal que quedó mellado de la encía frontal superior, tras lo cual, y entre las risotadas del patoso, le juró que cuando le pillara lo iba a despanzurrar vivo. El Pancracio, lejos de disculparse por el estropicio, aún lo retaba sin conmiseración, culpándolo de no aguantar una chanza y que si la emprendía con él, lo iba a desorejar, como el Vangó se hizo a sí mismo, para su propia gloria.

Cuando don Eutropio, el cura, le reconvino en la misa diciéndole que no tenía cura y que llevaba el demonio en el cuerpo, y le ofreció como consejo: "haz bien y no mires a quién porque el que a lo bestia hace el mal, es más bestia que el animal", el Pancracio, como la incontinencia lo acompaña, le dijo con cachondeo "quieto y callao, pater; haga usted un milagro pa que le salgan los dientes" y siguió con ínfulas, ¡pero qué milagro ni qué leches, si no es capaz de resucitar a los muertos cómo va a curar a los vivos!"

Lo de resucitar a los muertos, es un motivo onírico recurrente en el Pancracio. Una noche, como tantas otras veces, soñó con la Mustia, de la que en el crepúsculo del día de San Juan, recibió en la era un fornido abrazo y un beso con rosca de tornillo del que no se deshicieron en cinco horas y del que guarda un recuerdo imborrable. El interfecto decía que sería por la apretujada ventosa del morreo, el que no se le hubiera ido de la testa, “ni ensiquiera después de que ella estirase la pata por una disipela mal tratá". En el sueño se le aparecía viva bajo la lápida y lo llamaba clamando, para repetir el sucedido; en particular el ensimismamiento, cantándole con voz provocadora el "Ven y ven y ven" de la Sarita. Así que, al anochecer siguiente, bajo los ardores inflamables, se fue con una antorcha encendida y con el azadón en ristre al huesero. Tan desesperado se encontraba, ante lo que suponía iba a ser un ardiente reencuentro que, en menos de lo que se persigna un cura loco, dejó al descubierto el rectángulo yacente y en su interior se encontró con el esqueleto mugriento y desdentado de la moza causante de su querencia, que conservaba la guedeja, y con el índice alzado y su uña creciente, parecía reclamarle que diera pábulo a su ensoñación. Cuando El Pancracio vio la osamenta irreconocible, se vino abajo y salió en estampida sin llegar a cubrir el foso. Como quiera que se le cayó la antorcha entre los resecos rastrojos, coronas y flores, que desde Los Difuntos allí permanecían, el incendio que se ocasionó fue tan mayúsculo que hubo de intervenir el vecindario en cadena para apagarlo a base de cubos.

Desde que tuvo lugar aquel desaguisado, al Pancracio le tiran de la lengua preguntándole si se enrolló a mayor gloria con la Mustia, a lo que responde, poniendo cara de lechuguino y voz meliflua, que no, que la rechazó porque "no parecía la mesma, estaba en los huesos, famélica y olía que echaba pa tras", así que no llegó siquiera a propinarle un morreo, "por mucho que se lo pedía la mostrenca, poniéndole unos ojazos desmesuraos con las cuencas desorbitás".

Tras el macabro acontecer, el guardia municipal lo detuvo y puso a disposición del juez, acusándolo de violar el camposanto y la intimidad de la doncella, exigiéndole que indemnizará al municipio y diera razón de su felonía. Él profirió que era la fiambre, y solo ella, la causante del infortunio, por aparecérsele en sueños y entre tinieblas o mentándole sus ardores, pidiendo que la airease. y como tal menester urgía a ambos allí se presentó; claro que viendo que ella no estaba de buen ver, decidió no importunarla, marcharse con viento fresco y dejarla expuesta a la brisa, como el modo más natural y sano para que se orease y así dar fin a la fetidez.

Según su abogado de oficio, él pensó que era el mejor remedio para acabar con tal hedor, y aun siendo cierto y verdad que quedaron al aire sus partes pudendas nada iba a decir, tal que, el habla, en su condición de muerta, sólo la empleaba con él, en razón al enamoramiento. En cuanto al incendio, para nada se le podía atribuir la culpa, pues cualquiera que tuviera dos dedos de frente, sabría que solo era del alcalde, bien llamado El Cansino, por no ocuparse de limpiar de rastrojos y ofrendas florales secas, en un lugar que con razón más que llamarlo cementerio, lo tildaban como el corral del ciprés.

Al Pancracio no le dejan en paz desde el acontecido y allá por donde pare le preguntan por su futuro y le inquieren con guasa si es cierto que se va a dejar tentar por la política. Él se afana por la fama, aclarando que está a la espera del resultado del juicio, a lo que le replican, que bien le vendrá puesto que carece de él. En su inocencia se ríe como un bobalicón, porque siendo mozo de pocas luces, como es, nada le importa, siquiera el que ahora le apoden El Ardiente, visto que lo que toca arde y a poco que alguien se ría de él, o se descuide, le deja sin dientes. Hoy le ha llamado su abogado para decirle que pronto le llegará el auto del señor juez y que le avise cuando se lo entreguen, así que no para de regodearse y frotarse las manos de contento, preguntándose cuál será la marca, el modelo y color del coche que el juez le va a regalar.

Francisco Poveda

Frans Verbeeck. Retrato de un tonto. Óleo sobre madera (c. 1550)

LA IMPRECISIÓN COMO RECURSO NARRATIVO EN "CIEN AÑOS DE SOLEDAD"[1]

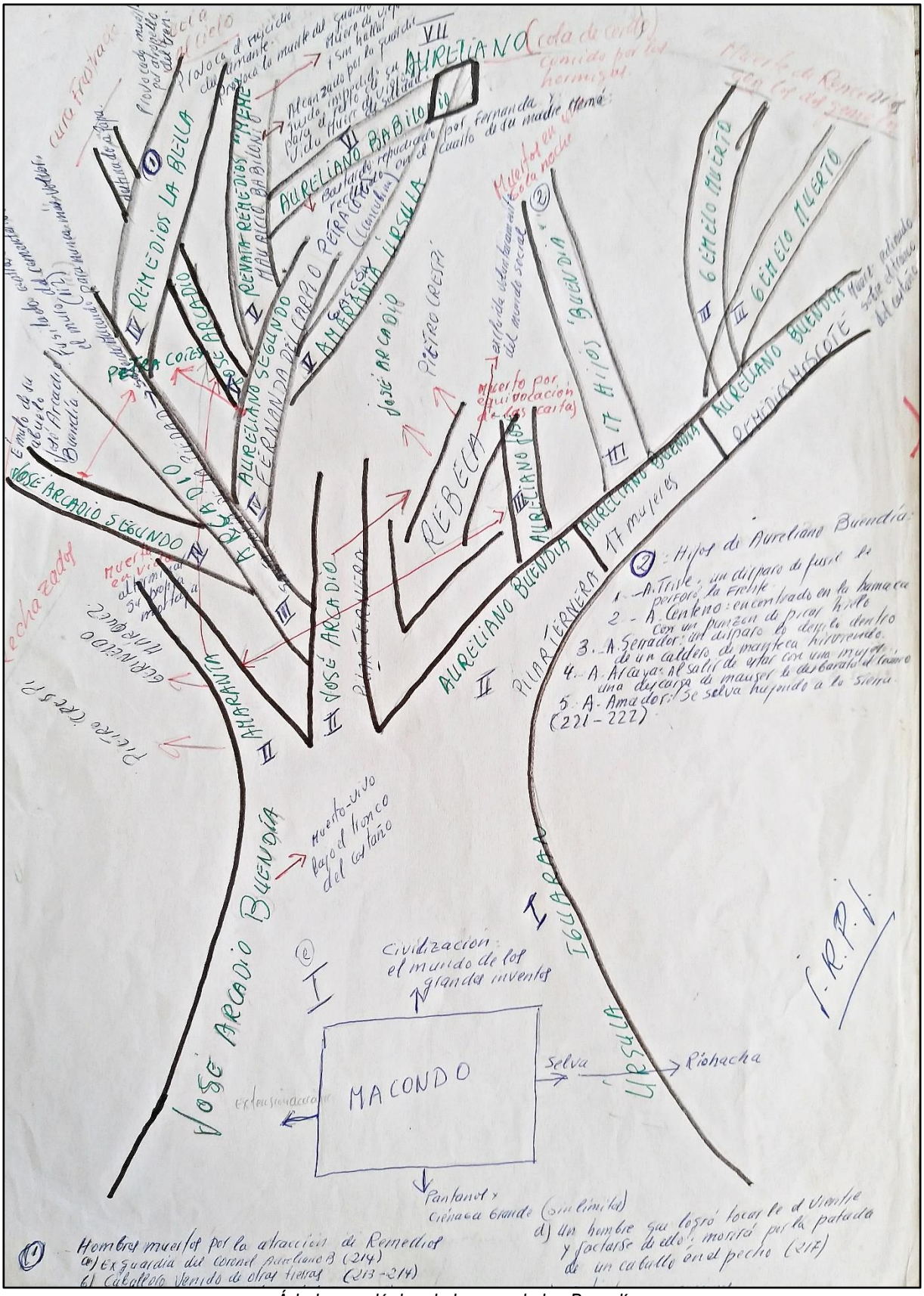
Una obra creativa de ficción puede adoptar diversos caminos para cumplir la misión que corresponde a semejante expresión literaria. Esas diversas actitudes, no obstante, han de basarse en la intencionalidad del autor a la hora de captar la atención de sus futuros lectores. Unas veces buscará transmitir un mensaje social, o moral; otras se trasladará a la especulación de tiempos o escenarios que supone se han de suceder mucho más allá del acontecer presente. Todo ello –ya que estamos tratando de una obra de ficción- sin tener que adaptarse a las leyes de la realidad histórica tal y como ha de regir para cualquier otro relato de carácter histórico, científico o de crítica literaria.

En el caso de *Cien años de soledad*, a mi modo de ver, el objetivo esencial –por no decir que único- del autor, es el de conseguir engolfar al lector en un maravilloso mundo de fabulación. La narrativa de García Márquez se podría resumir en una figura que no deja de tener su grado de imaginación: vendría a ser como un continuo extender una maravillosa alfombra multicolor y voladora, sobre la cual la imaginación del lector se halla colocada sobrevolando todo un mundo expresado desde lo que yo vengo llamando "la mirada aquilina". Es verdad que se vale de elementos de lo más cotidiano en el acontecer diario en un mundo completamente normal, pero hay algo que hace que el lector se vea, durante su lectura, sumergido en un mundo completamente convulso por los impactos, sabiamente administrados por el autor, de alternancias imprevisibles entre la realidad y la irrealidad; de sentimientos, instintos, como odios, ilusiones, desencantos, arrepentimientos y prejuicios. Todos esos sentimientos, típicamente humanos y enredados entre los detalles más cotidianos, pero diestramente tratados por el narrador con un aire entre irónico y desmitificador, de forma que aun en los momentos en que se dibujan situaciones de lo más crudo, lo hace con una mezcla o referencia indirecta a otro mundo que lleva al lector a situaciones completamente insignificantes y nimias; este movimiento se realiza en uno y otro sentido, de forma que el lector se halla en un continuo balanceo entre la seriedad y la levedad valorativa, de forma que en todo momento se balancee en una confusión a la hora de colocar su criterio sobre la consideración tanto de los personajes como de las situaciones que el narrador le va mostrando ante su consideración. Por encima de esta imprecisión definitoria que caracteriza a la novela, creo que conscientemente buscada por el autor, el lector se encuentra envuelto en un ambiente o velo que sobrevuela, a mi modo de ver, sobre la percepción más o menos directa de una doble consideración: pesimismo, referido al mundo real que subyace (posiblemente la realidad de Colombia y, en general de toda Latinoamérica), y la soledad, aplicada a la definición final de sus principales personajes; no en vano el título que García Márquez elige para su novela.

Lo que engancha de forma irremediable al lector, como la luz de la bombilla al mosquito que vuela en torno a ella, es esa maravillosa maestría con que el novelista es capaz de llevar a la imaginación de su lector, entre un mar de arenas movedizas, donde mientras sus pisadas se encuentran sólidamente asentadas en la tierra firme de la cotidianeidad más comprensible, de improviso, provoca que sus tobillos y hasta las rodillas, o más allá, de su excitada imaginación, se sumerjan en la pasta viscosa e inconsistente de lo que traspasa, impunemente, las fronteras de la lógica, incluso la pura mágica, y hasta lo que la imaginación más desbordante podría esperar; ya que lo que predomina en el hilo conductor del narrador es el continuo asesinato de lo previsible. Los instrumentos de que el autor echa mano para conseguir esta extraordinaria seducción de la atención de su lector, se fundan en dos elementos lingüísticos: el humor y la exageración.

Juan Ramón Prieto Jambrina.

1 .- Primera entrega de un trabajo más amplio que el mismo autor irá publicando en sucesivos números de AUCA sobre esta joya del arte narrativo, como lo es "Cien años de soledad".



Árbol geneológico de la saga de los Buendía.
Dibujo de Juan Ramón Prieto Jambrina.

Pandemia

Nadie podíamos imaginar
que nos cambiaría la vida un virus
que el mundo se detendría;
que estaríamos escondidos.

Que pasaríamos al estado de alarma,
que tendríamos tantos fallecidos
aunque los sanitarios se dejaran el alma,
y que no se oiría el jugar de los niños.

Ni abuelos sentados en sus puertas,
ni personas tomando un cafelito,
ni gente en las calles desiertas,
ni abrazar a los seres queridos.

Confinados en nuestras casas,
queriendo entretener al chiquillo,
escuchando los informativos
con miedo, con lágrimas, perdidos.

Esperando las ocho de la tarde
el resonar de los aplausos en los oídos,
por aquellos que trabajan sin descanso,
para protegernos, para seguir vivos.

Rindamos un sentido homenaje
a todos los que se han ido;
estarán en nuestros corazones
que han quedado rotos
y doloridos.

Juana García Reales

Unidos, nunca vencidos

Unido el pueblo español
vencerá al virus corona,
de todas España y Valencia
Madrid, Bilbao y Barcelona,

porque somos luchadores
y luchando venceremos,
a este cruel virus maldito
y del gris túnel saldremos

para ver el sol de nuevo
y olvidar la oscuridad,
tan horrible y espantosa
para la humanidad.

De la niebla más espesa
saldremos con alegría,
los unidos compatriotas
para ver el claro día

y echaremos una mano
de hermano a nuestro planeta,
todo hijo de Alicante,
de España y La Campaneta.

Si hay que luchar lucharemos
con los dientes y las manos,
para poder extinguir
a estos malditos gusanos.

No bajaremos la guardia
ante estos crueles bichos,
que a la humanidad ver quieren
sin vida alguna en sus nichos.

No nos vamos a rendir
y seguiremos luchando,
para vencer a estos virus,
que al planeta están matando

de una forma sigilosa
pero en el fondo letal,
que te atrapa y no te suelta
hasta el minuto final.

Vivimos momentos duros
que vamos a superar,
y emocionados veremos
florido el prado y la mar.

No puedo dormir pensando
y me siento impotente,
de no poder hacer nada
por el mundo y por su gente.

Aunque el túnel sea largo
oscuro y con humedad,
al final siempre hay una luz
para la humanidad.

Hoy tenemos la esperanza
que pronto podremos ver,
un mundo sin mascarillas
y un bonito amanecer.

Los héroes invisibles
están en los hospitales,
no los vemos porque van
todos vestidos iguales.

Destrozada tengo el alma
todo yo y el corazón,
de ver cómo está muriendo
mi más querida nación.

Trinitario Rodríguez

Elegir
entre carne o estrella,
luz o tacto,
silencio o sangre.

La noche se queda en la puerta,
asoma a la ventana una plaza fría, oscura,
y a lo lejos observo al viento
agitando la sumisa luz de las farolas.

¿Dónde la respuesta, sombra del sueño?
¿Dónde el original corazón? ¿Dónde?
Me pregunto de nuevo
mientras te extraño en estas palabras.

Francisco Javier Pérez M.

Sobre el silencio

Una profunda forma de silencio
habita el interior de la palabra:
el silencio que tiene alguna noche,
alguna tarde, alguna madrugada.

Se trata de momentos misteriosos,
quietos instantes de emoción del alma,
en lo que todo suena muy distinto
a cómo se viviera o se soñara.

Hay una luz que en cada estrella tiembla,
que cae sobre la mar de espuma blanca,
estremeciendo todo nuestro espíritu
con una plenitud que nos embarga.

Hay un silencio muy desconocido:
el de las tardes íntimas y largas,
de los crepúsculos, de los cielos bellos
de las claras mañanas.

Balcones hay que abrir y ventanales
para que llegue el alba,
para escuchar la música profunda
quizás imaginada.

Francisco Alonso Ruiz

Madre

Madre, qué soledad sin ti me espera,
tú has sido el pilar fuerte de mi vida
y ahora que no estás queda reducida
a todos tus recuerdos por bandera.

Soy sangre de tu sangre toda entera,
y fluyes por mis venas decidida.
Madre entre cielo y tierra dividida
hasta el fin de mis días en que muera.

Qué vacío y tristeza me has dejado
ya mi vida carece de sentido
aunque en mi corazón sigas viviendo.

Quisiera irme contigo, hasta tu lado
para borrar las penas que has vivido
y vayamos tú y yo, Madre, renaciendo.

Lucia Espín

A merced de los suspiros del viento

Los días arañan las hojas del calendario
el silencio invade los rincones del tiempo
el olvido se adueña de días furtivos
arrancando el amor a los años vividos,
el aroma de las rosas enviadas y
los acordes de los suspiros del viento.

¿Dónde atardecieron las madrugadas?
aquellas que daban brillo a nuestros días,
aquellas que la luz calma de tu mirada,
iluminaba de ternura, la alcoba,
la almohada y la cama.

¿Cuándo se murieron las palabras?
las que escribimos con la tinta de la vida
aquellas que acunaron un sentimiento,
las que a la tenue luz de la luna nacían al alba
antes que el sol saliera, y el firmamento
adormecido escondiera sus estrellas
para pensarte, para buscarte en cada una de ellas.

¡Dónde se secó la tinta de las palabras muertas!

Quisiera poder escribirte de nuevo
aunque fuera con la sangre de los días
entre los arañazos del tiempo
entre las horas furtivas que robamos al calendario
y los deseos del amor hecho quimera,
que por mucho que tú quieras,
nunca es eterno.

Quisiera saber qué fui para ti
si un juego de amanecer
o un tal vez, nunca expuesto.

Pasan los días y caen del calendario las hojas.

En el mejor rincón de mi alma
sigue tu imagen suspendida, tu recuerdo vívido
que a veces me atormenta,
otras me acongoja
y casi siempre me sosiega.

Aquí vuelvo
a los días que acarician las hojas del calendario
al silencio, que se cuela por los rincones del tiempo
al olvido, que se hace dueño de los días furtivos
que tiene la mala costumbre de confundirlo todo,
de abrazarnos con esa niebla maldita
que nos va de a poco, empapando.
Y ya no sé si lo que recuerdo es lo vivido o lo soñado.

Y aquí estoy,
escribiendo palabras que nunca te diré.
Versos que se perderán como cada día se pierde
la luz al atardecer.

Veo como serpentean acobardados
sentimientos que a fuerza de callar y esconder
flotan en el río de la vida y van nadando
hasta el mar del olvido,
donde se abandonan con el paso del tiempo
los amores perdidos.

Aquí estoy,…

a merced de los suspiros del viento.

José Vicente Martín Cano

El niño de los ojos grandes

El niño de los ojos grandes
mira desde la patera
y, callado, desespera
que no vengan a salvarle.

El niño de los ojos grandes
anhelaba un paraíso,
pero el destino lo quiso
frente a costas miserables.

El niño de los ojos grandes
no sabe que en esta tierra
hacen las armas de guerra
que mataron a sus padres.

El niño de los ojos grandes
desfallece poco a poco,
sin esperanza en los ojos
y con salitre en el aire.

El niño de los ojos grandes
morirá desamparado,
que ha nacido sentenciado
por mezquinos y cobardes.

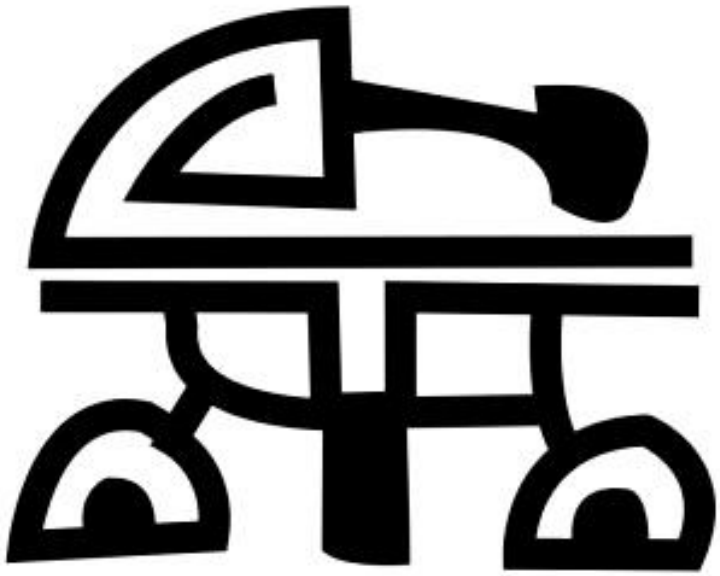
El niño de los ojos grandes
está perdido en la mar.
¿Quién lo vendrá a rescatar,
si no queremos mirarle?

Miguel Ángel Pérez Oca

Síndromes

Dónde fallecen los mares, los montes y la tierra,
el tiempo sesgado y enmudecido
se diluye en el espacio desmemoriado
dejando paso al vacío, a la nada del penoso día.
Las lágrimas silenciosas y enjutas surcan las páginas,
no brotan ya los claveles de mis labios entumecidos,
labios fustigados y adormecidos,
agrietadas belfas blanquecinas y desquiciadas.
El alba ultrajada y sus lágrimas lánguidas
visten mi realidad de luto y de asco
mientras mi alma recorre el arroyo
que se pierde en las sombrías mazmorras.
La tierra que se camufla detrás del egoísmo y miente,
la tierra henchida y borracha de dolor incomprendido
se tambalea bajo mi paso inseguro y gemebundo.
Su balanceo nauseabundo me turba y vela mi mente.
Avanzo en un camino sin retorno repleto de patrañas.
La luna desquiciada y las sombras muertas de la confusión
caen al abismo vacío y mudo de la incomprensión.
Lobreguez humillada hasta lo más hondo de mis entrañas.
La memoria enlutada y los soles angustiados.
Cabalgan inertes sobre nuestros rajados cuerpos.

Harmonie Botella



TROVAS PARA LAUD Y VIHUELA

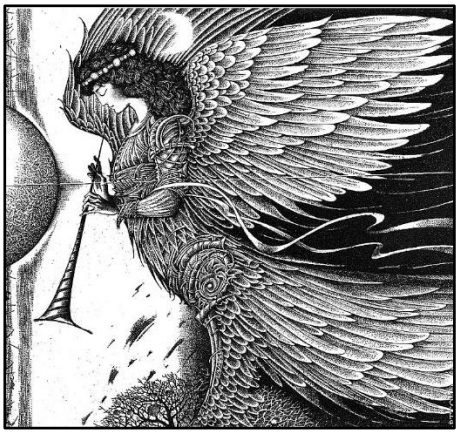
De la doncella Halcón

I

Esta falconcilla herida
dilecta en tus soledades
cetrera más que ninguna
la más hábil cazadora
de tus amplias heredades,
la que rió con tu risa
la que lloró tus desvelos
la que protegió tus sueños,
si la llamas como antaño
desplegará sus alas negras
sobrevolará almenas
y encenderá de nuevo
con su vuelo agitado
la llama escondida de tus ojos.

II

Porque la invocas en sueños
vibrante el recuerdo del amor
que alegre le entregaste,
arranca con su garra la capucha
que cubre sus soledades,
sacude la quietud que le impusiste
quiebra el cielo con giros gozosos,
despereza el pálido plumaje
cubierto de rocío mañanero
y vuela a tu hombro y a tu brazo
con una flor de azahar en el pico
que te perfume la noche.



III

Están tus predios ahítos
de canoras avecillas
núbiles, primaverales,
gorjean en las pajareras
solicitando tus favores.
Mas son las noches tan largas
tan frías las alboradas
que la halconcilla hechizada
espera palpitante y solitaria
el despuntar de la aurora
para que tu voz la nombre
¡Claramunda!
y volar hacia tus labios
que la proclaman cautiva
a tomar el alimento
el aliento que la nutre
y la mantiene encantada
desde épocas remotas.

IV

Era doncella hermosa
amada y enamorada,
por castigar tu soberbia
tornóla el hechicero
en halcona cazadora.
Héla en tu brazo presa
con argollas plateadas,
a tu lado encarcelada
alerta el corazón níveo
a tu voz y tu llamada.

Debería ser paloma,
doncella tan estimada,
bella y casada estaría,
mas se halla prisionera
en cuerpo de peregrina
por tu soberbia y tu ira.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Tu ets la pluja, jo el silenci

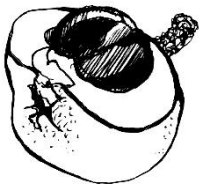
Els carrers i les hores avui són de pensars i silenci,
on florien geranis, ara floreix silenci
i el silenci ens transita les venes, ens traspassa, ens cobreix
però a dins, i a la casa, brollen paraules noves.
A la terrassa, al bell sol de vesprada, camine,
amunt i avall, amunt i avall, amb els ulls dins la mar.
Després entre,
la casa ja no és buida com altres vegades,
en aquest nou silenci, cerimoniós, suprem,
interromput només per alguna sirena
sent que ens hem retrobat, com si mai
no hi hagués hagut mort, ni carrers, ni veus, ni presses.
Ho sabia de temps, ja sabia el conhort,
la bellesa immaculada del silenci
que ara s'ha fet tangible
i aquest silenci nou, quotidià i compartit
ha dissipat la por
la buidor
les tenebroses ombres de la solitud.
Ara, les mans són pensaments,
els silencis, geranis.

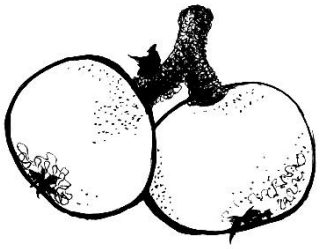
Dora Català

La níspola

En l`arbre, la níspola es dormia.
I per llit, branques retorçades tenia.
Es dormia, la níspola es dormia.
Amb aquesta tranquil·litat i bona nit,
que té per lluminàries blanques,
les estreles del cel que la protegien.
Es dormia, la níspola es dormia.
Amb la seua cara de tarongeta bella.
Qualsevol soroll en la nit,
la inquieta, la molesta, així que somnia,
somnis agres, somnis dolços,
somnis d`enamorada del seu arbre.
Mes de sobte, en nàixer un altre dia!
Tan pronte isca el Sol, d`aquest mes d`abril que arriba.
Una forta i vigorosa mà, la despertarà.
L`arrancarà del seu llit, l`agafarà, la níspola de seda,
i se`n anirà amb ella, com se`n anirà l`amor.
Per això plora el nisprer,
perquè se`n va una fulla,
perquè se`n va la seua flor.
Plora el nisprer, plora.
I és que és temps de collita en l`hort...

Lluis S. Taza Hernández





Consciencia

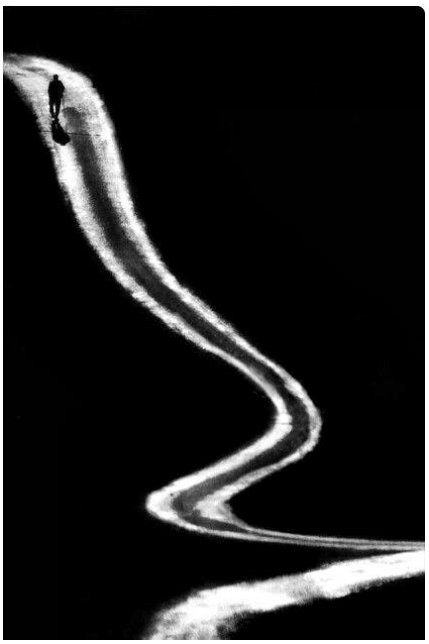
Cuando se sueltan las riendas,
cuando el control ya no es nuestro,
cuando lo incierto es la vida,
cuando el sufrimiento es cierto.

Esos precisos momentos,
de soledad, de clausura,
es entonces cuando pienso,
que lo que amas, no perdura.

Piensas en como la vida,
día a día recorriendo,
y sin prestar atención,
con ella vas sucediendo.

Pero cuando paras el tiempo,
cuando detienes el paso,
cuando miras lo que pierdes,
cuando ya no está a tu lado.

Es entonces cuando observas,
en rededor caminando,
a la gente que respira,
antes tú, ahora parado.



Abrazar lo que más quieres,
sentir ese beso amado,
sentir el cariño ciego,
sentir el amor, ya pasado.

Y en la oscuridad meditas,
recordando a tus pasados,
y aunque padre y madre viven,
pronto ya no estarán a tu lado.

Disfruta del ahora, "Vive",
abre los ojos aunque camines,
siente y piensa en lo que percibes,
pues el mañana es un paso.

Y cuando recuerdes tu vida,
tu camino y lo andado,
tus esperanzas y desventuras,
los seres queridos no estarán ya a tu lado.

Una lágrima la faz recorre,
precipitándose al vacío,
cayendo al ardiente camino,
se evapora, como los abrazos perdidos.

Iñigo Iñiguez

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE